

Para un estudio crítico-biográfico del novelista Antonio Reyes Huertas

CAPÍTULO I

El hombre y el escritor

1.—Noticias de su vida

Los amigos de la juventud—los verdaderos amigos—van desapareciendo con los años. Reyes Huertas, es uno de ellos. Nuestras aficiones a la pluma, nos unieron desde muy jóvenes. Removiendo viejos papeles, hallamos un artículo que le dedicamos hace cuarenta y tantos años en un diario de Badajoz, el 10 de junio de 1910, con motivo de la creación de una Biblioteca de Autores Extremeños: «Yo felicito al director de la *Biblioteca de Autores Extremeños*—le decía—mi amigo el exquisito poeta Antonio Reyes Huertas, director de *Noticiero Extremeño*, por el éxito triunfal de la idea, que ha de satisfacer y entusiasmar, no sólo a todos los extremeños de corazón, sino a los que, como yo, tienen el honor de vivir hace muchos años en esta hospitalaria y queridísima tierra.»

Al siguiente año, con motivo de la publicación del libro de poesías de Reyes Huertas titulado *La nostalgia de los dos*, le dedicamos otro «artículo» que iniciábase así: «Los libros buenos de los buenos amigos deben ensalzarse sin reservas pueriles, como deben sacarse a la luz los defectos allí donde estuvieren. Tan perniciosa es la adulación, como la crítica venal y despiadada que nace de la envidia. La amistad se parece muchas

veces a la nube que, en engañosa compañía con el sol, pone sobre el paisaje sombra que lo oscurece.

Con lo dicho no es difícil adivinar que voy a deciros cuatro palabras de un hermoso libro de poesías que acaba de dar a la estampa mi amigo el poeta extremeño Antonio Reyes Huertas. Quiero hablaros de este puñado de flores, que tienen el natural aroma de las silvestres que crían los campos de esta tierra.»

«Reyes Huertas, que silenciosamente ha vivido los años más venturosos de su vida en el ambiente de paz de un rinconcito extremeño, en Campanario—su pueblo natal—, ama el silencio de la vida pueblerina, vive en los recuerdos de las calladas horas y evoca su alma los amores campesinos llenos de paz y de sosiego...»

«Hay, entre todas las canciones que avaloran el libro, una tan sentida y tan feliz, que ella sólo sirve para crear la reputación artística de un poeta, que si no ha llegado a la cumbre, sube a escalarla con paso decidido...»

«Siento mucha satisfacción en poder felicitar a este buen amigo por el éxito que alcanzará, a buen seguro, la colección de poesías que hoy ofrece al público y lleva por título *La nostalgia de los dos.*»

Una buenísima amistad la de Reyes Huertas, con sus ausencias y silencios. Vivió tiempos en Badajoz, en Cáceres y luego en Madrid... El año treinta y seis desató nudos familiares, restañó heridas profundas: el odio y las pasiones más sublimes o más míseras horadaron las entrañas del Hombre, como una tormenta o un tifón. Recuerdo un vendaval en Extremadura que desentrañó hasta el cielo miles de raíces de centenares de encinas sagradas, como una dislocación de la Naturaleza. Así fué nuestra guerra civil: una bárbara hecatombe.

Desde entonces no volvimos a vernos hasta el día de su última fiesta apoteósica—ganada a pulso—en Campanario, donde nos despedimos, para siempre, con un apretón de manos. Ahora, he vuelto a pensar en toda su obra de escritor, a releer sus cariñosas dedicatorias al enviarnos sus primeras novelas y a recordar

nuestros días juveniles en la ciudad, unidos por las suaves ligaduras de la Belleza.

Le llevaba cinco años. Antonio Reyes Huertas nació el 7 de noviembre de 1887, en Campanario, junto a los Campos del Ortiga, próximo a la aldea de La Guarda.

Nueve años permaneció Reyes Huertas en el Seminario de San Atón. He aquí los datos biográficos encontrados en las actas de la Secretaría de Estudios:

Datos biográficos de D. Antonio Reyes Huertas, encontrados en las actas de esta Secretaría de Estudios:

Año de ingreso: 1898.—Calificaciones y asignaturas: Primer Curso de Latín: Año 1898-1899: Lengua latina, Sobresaliente; Lengua castellana, Sobresaliente; Historia Sagrada, Bueno.

Año 1899-1900.—Segundo Curso de Latín: Lengua latina, Aprobado; Lengua castellana, Bueno; Geografía, Aprobado.

Año 1900-1901.—Tercer Curso de Latín: Lengua latina, Aprobado; Retórica y Poética, Aprobado; Historia de España, Sobresaliente; Lengua griega, Aprobado.

Año 1901-1902.—Cuarto Curso de Latín: Lengua latina, Aprobado; Retórica y Poética, Aprobado; Historia Universal, Bueno; Lengua griega, Aprobado.

Año 1902-1903.—Primer Curso de Filosofía: Lógica y Ontología, Aprobado; Aritmética y Álgebra, Aprobado.

Año 1903-1904.—Segundo Curso de Filosofía: Metafísica Especial, Sobresaliente; Geometría y Trigonometría, Bueno; Física y Química, Bueno.

Año 1904-1905.—Tercer Curso de Filosofía: Ética e Historia de la Filosofía, Sobresaliente; Historia Natural: Fisiología e Higiene, Sobresaliente; Geología, Bueno.

Año 1905-1906.—Primer Curso de Sagrada Teología: Lugares Teológicos, Sobresaliente; Historia de la Iglesia, Sobresaliente; Lengua hebrea, Sobresaliente; Canto llano, Aprobado.

Año 1906-1907.—Segundo Curso de Sagrada Teología: Teología Especial, Notable; Teología Moral, Bueno; Lengua hebrea, Notable; Arqueología, Notable.

Año de salida del Seminario: 1907. Era prefecto de Estudios: El M. I. Sr. D. Tirso Lozano Rubio. Era secretario de Estudios: El Lic. D. Eloy Pedrajas.

Rector del Seminario: D. José María Díaz Calvo.

También fué secretario de Estudios: El Dr. D. José Velardos Parejo.

Su paso por las aulas del Seminario de San Atón, le sirvió para adquirir materiales lingüísticos—el latín sobre todo—muy necesarios y para educarse en un ambiente religioso, que constituye, con el amor a Extremadura, el fundamento incommovible de su estética y de su obra. Antes de cantar misa abandonó sus hábitos y, después, los estudios de Derecho que iniciara en Madrid; así llegó a Badajoz espoleado por sus aficiones al periodismo y, sobre todo, por la necesidad de escoger un camino seguro.

Aparece Reyes Huertas en la ciudad en momentos de ufanías espirituales. En el Café de la Estrella del Campo de San Juan, entre espejos y divanes de peluche rojo, un grupo de jóvenes, presa del Modernísimo, discutíamos a voz en cuello la Sonatina de Rubén Darío, versos de Santos Chocano y de Villaespesa o la prosa cantarina de Valle Inclán, atacando a las *Doloras* de Campoamor o las Odas frigoríficas de Núñez de Arce, defendidas por los recalitrantes. Frente a nuestra convención lírica, de apóstrofes sublimes, chalaneaban tratantes y compradores con rebaños de ovejas o piaras de cerdos. Como siempre, junto al alma alada y vaporosa, el cuerpo nutritivo y miserable. El Ateneo abría sus puertas a todas las tendencias políticas e ideales más opuestos, en un ambiente de tolerancia y de serenidad admirables. Parece un sueño. Discusiones sociales, Fiestas de arte, Conciertos, Juegos Florales y Exposiciones de pintura y escultura, año tras año, sucedíanse sin desmayo, en medio de la curiosidad y entusiasmo de las gentes.

López Prudencio dirigía el *Noticiero Extremeño*, diario de empresa, con redactores, traductores, colaboradores y conferencias telegráficas y telefónicas, que por primera vez veíase con cierto asombro en la ciudad. Le siguió después de algunos años *A. de Mirabal*, periodista simpático digno de recordación. Reyes Huertas sucedió a *Mirabal* en el cargo directivo. El futuro novelista no daba paz a sus tareas. Compartía la obra diaria, agotadora, con ensueños amorosos reflejados en sus libros de poesías, entre ellos *Nostalgias*, en colaboración con nuestro fiel amigo el poeta

Manuel Monterrey, cazador del tiempo entre espirales de relojes y de «Mariposas azules» en los comienzos de este siglo.

Se apasiona más tarde Reyes Huertas, fuera ya de Badajoz, de la encantadora Elisa, que luego será su más activa compañera, su esposa, para fundar un nido cristiano y prolífico en el «Caserón del Olivar» de la Serena. «Es entonces cuando Antonio Reyes Huertas se convierte—como dice Calderón en su interesante biografía—en «El Señor del Campo del Ortiga».

En 1918 empieza a dar a las letras y a la vida, hijos de su espíritu y de su sangre. *Lo que está en el corazón* es la primera novela que lanza con éxito al mercado y a la crítica, iniciándose así su vida triunfal de novelista. Se hacen estrechas las bardas extremeñas para contener las múltiples parcelas de su alma de artista, y salta a entablar su lucha con la novelística española, hasta conseguir el puesto que merece en nuestra generación literaria.

Creo que los asuntos campesinos y pueblerinos que dominan en sus novelas le perjudicaron a su fama de escritor, como le sucediera algo semejante a Pereda. La crítica cortesana se mostró descortés, muchas veces, ante los méritos literarios del nuevo escritor. En otro orden le sucedió lo mismo a Gabriel y Galán y Chamizo. En la pintura, a Hermoso y Covarsí. «No han tenido Prensa», como si no se quisiera conocer y dar beligerancia en España al Arte de una región tan meritisima como Extremadura. Las naciones, como los pueblos, necesitan valedores.

No termina aquí sus actividades periodísticas. Después de un breve paréntesis virgiliano en su vida recoleta, dirige en Málaga el diario *La Defensa*. Pronto regresa a su patria chica. Cáceres—con su pétrea ciudad medieval y su moderno caserío, dormida y despierta a la vez—, acoge al novelista y durante once años, tantos como sus hijos, lo veremos de director del diario *Extremadura*, diario católico en armonía con su espíritu religioso.

Más tarde, las colaboraciones en revistas y diarios de América y de España se van sucediendo, a medida que su nombre de escritor alcanza más relieve y autoridad. Crecen los lectores con las obras y los años. Reyes Huertas está ya en la plenitud de sus facultades literarias. En *La sangre de la raza* culminaron sus dotes de gran novelista y con *La Colorina*, después, obtiene un

premio ofrecido a la mejor novela por *El Diario Español* de Buenos Aires.

En Madrid, en su cuarto de trabajo de la calle de la Madera, continúan con ardor sus quehaceres literarios. No abandona por ello a Extremadura, donde pasa largas temporadas en su Campo del Ortiga, dedicado a su hacienda de buen labrador y a nutrir su espíritu de tipos, de sucesos y paisajes para describirlos en millares de páginas, sin duda las más brillantes de su pluma, y llenar de «Estampas» el área periodística de su nutrida colaboración.

Si hemos de perfilar someramente la personalidad literaria de nuestro amigo Reyes Huertas, ordenaremos en capítulos algunas de sus facetas de escritor: la novela, el cuento, las estampas, la poesía y su labor periodística.

2.—El soñador

En la juventud de Reyes Huertas a su paso por la ciudad de Badajoz, frente a la poesía arquitectónica del maestro Núñez de Arce y la prosa rimada de D. Ramón de Campoamor, tan popularizada, enseñoreábase el hondo lirismo de las «Rimas» becquerianas. Entre los jóvenes se inició el advenimiento de Rubén Darío con emotividades post-románticas, riqueza formal y ambas fundidas en una musicalidad de cadencias y ritmos orquestales.

Cuando el autor de «Estampas campesinas» daba a la imprenta su primer libro de versos, *Ratos de ocio* (1905), publicaba Darío *Cantos de vida y esperanza*. Así es posible que hallemos, todavía, influencias del nicaragüense parisino en el libro de Reyes Huertas. Sus poesías evocan más al contenido y métrica del cantor del Guijo de Granadilla, de Gabriel y Galán. Recordemos estos títulos de sus poesías con tal orientación poética: «La siembra», «La rogativa», «Mi mejor poema», etc. Al final de este tomo—rúbrica de nuestra afirmación—ofrece el poeta una poesía «galanista» hasta en el lenguaje, titulada «El señoritu». Recuerdo que también tiene un cuentecito, «Cuenta saldada», del mismo estilo.

Tristeza, nuevo libro de poesías, lo publicó en el 1908. Son lamentos o suspiros poéticos becquerianos, con alguna leve personalidad.

En el 1910 aparece *La nostalgia de los dos*, en el que está más patente el contagio rubeniano y la poesía finisecular. Como siempre, los jóvenes toman de sus maestros lo más blando y decadente, la nota sentimental, los apagados tonos crepusculares, las princesitas pálidas y las infantinas cubiertas de ligeras vestiduras, los parques abandonados y la falsa pedrería oriental. Recordemos su «Sonatina» y, sobre todo, «Delicada princesita».

Delicada princesita
de la Corte de Estambul,
tan graciosa y tan bonita,
con aquella muñequita
que trajo el Príncipe Azul,
descansa ya de jugar

.....
Era un alma jardinera
de un rosal
que nació en la primavera
del plantel de una quimera
pasional.

Y era el rosal la alegría
de aquel jardín de ilusión,
y entre sus hojas había
un capullo que tenía
la forma de un corazón.

En este mismo tomo de versos, hay algunos que cantan la bohemia callejera y llorosa cultivada por Emilio Carrere; así su composición: «Pasa, organillero». No se ha perdido tampoco la primitiva influencia del cantor del *Ama*.

Varias de estas poesías las llevó al breviario *Nostalgias* (1910), unidas a otras del ilustre poeta pacense, mi viejo amigo Manuel Monterrey. Los dos obtuvieron, con los poemas, premios en un certamen de la ciudad, y está dedicado el libro a la excelentísima señora Marquesa de Matallana.

La labor poética de Reyes Huertas es una obra juvenil inspirada, sin duda, en los maestros cantores precedentes. Es indudable que de haber continuado la senda que emprendiera, tan imberbe, hubiese alcanzado una personalidad. Vertió en diversos metros las jugosas primicias de sus enamoramientos, exteriorizando el mágico tesoro de su joven melancolía. Pero siempre, siempre, guardó en toda su creación poética un íntimo fondo de lirismo.

3.—Director de periódicos

Sus primeras armas a poco de salir del Seminario en Badajoz templáronse en la dirección de una revista pacense, *Extremadura Cristiana*, que lanza por su cuenta y riesgo—el riesgo de no venderse—, como si adoptase ya el mote de su futura obra literaria.

Asciende poco después a dirigir el *Noticiero Extremeño*, que recordará con gracia al final de su vida. «¡Qué Redacción, Dios santo, y qué sueldos! Desde los quince duros del gacetillero hasta los cincuenta duros del director. ¡Y era un periódico «a la moderna»! ¡Y qué tertulias las que se formaban en aquella Redacción! Desde un Gobernador civil que repetía constantemente la frase: «¡La prensa es el cuarto Poder!», hasta un señor canónigo que nos contaba chascarrillos eclesiásticos, desfilaron por aquella Redacción los tipos más pintorescos que he conocido en mi vida.»

Como se publicaban en Badajoz otros diarios «menores», de tendencias políticas distintas, que luchaban en los cacicatos del municipio y de la provincia, surgían polémicas que Reyes Huertas defendía con diplomacia y tesón. Aquellos «artículos de fondo» del director, solían ser de asuntos variados sobre temas generales, de intereses agrarios o simplemente de política local. Así dejó una labor oculta, que sería preciso discriminar. Empleaba en estos menesteres cotidianos una prosa clara, sin arrequives, con su gracejo habitual. Cumplía con sus deberes, no sólo corrigiendo informaciones y noticias, sino buscando ameniidades literarias entre los poetas y escritores locales.

Después de un breve paréntesis en la dirección del diario *Defensa*, de Málaga, lo vemos aparecer en Cáceres. El año 1928, al cesar el primer director D. Tomás Murillo, fundador del diario *Extremadura* en tiempo del famoso obispo de Coria don Pedro Segura, ya, entonces, Arzobispo de Burgos, ocupó la dirección D. Antonio Reyes Huertas. Propiedad de la Mitra, nadie más a propósito que él para llenar este puesto. «Era una bandera del periodismo católico—nos dice J. Dionisio Acedo, actual director—en cualquier momento de su vida pública, profesional o privada.»

Se instaló en el antiguo palacio del caserío encantado, con su esposa y su prole, en medio de una vida humilde y familiar. La vivienda tenía la desolación de los viejos caserones, sin estrados, ni tapices, ni gruesas alfombras, ni asientos frailunos.

Durante dos lustros, tal vez once años, como dice él mismo, sus actividades literarias se limitaron a sus trabajos profesionales y a crear algunas de sus famosas «Estampas campesinas», acaso superiores en valor literario a las novelas. No tenía este periódico, ni su director, desmedidas ambiciones. Su tamaño tampoco podía abarcar numerosos epígrafes, pero Reyes Huertas se esmeraba retocando prosas pueblerinas, celoso de la redacción de originales y telegramas. Publicaba comentarios en defensa de los principios básicos de la sociedad cristiana. Las campañas que sostuvo «con elegante tono ponderativo y constructor sobre asuntos municipales, valiéronle el respeto y el cariño de toda la opinión». ¡Cuántos recuerdos guardan las ciudades en estas páginas aligeras!

En los momentos dolorosos de la política nacional, la aparición de la República y después la lucha civil, cumplió Reyes Huertas con su cargo abrumador, saliendo airoso en tan difícil cometido. Arturo Gazul, su fiel amigo, no dejó de colaborar con sus admirables trabajos literarios, que Reyes Huertas situaba en lugar destacado de las columnas de *Extremadura*. Los vendedores callejeros, para acrecer la venta, vociferaban por todos los rincones silenciosos de la ciudad: «¡Extremadura! ¡Con una crónica de Gazul!»

No hubo sólo flores en el jardín familiar de Reyes Huertas, animado el viejo palacio cacereño por su mujer Elisa y sus hijos. No debieron faltar estrecheces y preocupaciones. La muerte se llevó a uno de sus hijos de dieciocho años. Y en 1938, acaso por motivos de enfermedad, como suponen algunos, u otras razones, que el silencio sumiso del novelista no quiso revelar, causáronle contrariedades e infinito dolor al tener que abandonar la dirección de *Extremadura*.

Su paso por la prensa le sirvió para observar y aguzar sus dotes literarias—¡admirable mirador de vanidades humanas!— con el estudio de la psicología bípeda tan deleznable, que llevará, luego, a sus «Estampas», cuentos y novelas.

Los años de periodismo en general dejáronle un mal sabor de espíritu, que confesará más tarde en la intimidad a un buen amigo.

4.—Su novelística

Reyes Huertas ocupa un lugar señero en la novela costumbrista actual. Su ideología respecto a este género literario coincide con el de su iniciadora *Fernán Caballero*, para quien la novela tenía que ser un ensayo sobre la vida entrañable del pueblo español. Dar a conocer su lenguaje, creencias, cuentos y tradiciones era su verdadera misión. Este mismo es el propósito o, al menos, una de las intenciones de Reyes Huertas al escribir sus novelas, aunque el autor de *La sangre de la raza*, ya encauzado en la corriente narrativa regionalista, se limite a desarrollar esa misma temática, pero refiriéndose al pueblo extremeño. Es el cantor enamorado del habla, de las costumbres y de las tradiciones de su propia tierra.

Tenía Reyes Huertas un extenso camino en la línea de la novela regionalista, que cultivó con insistencia. Le preocupaban los problemas que acompañaron siempre a este género literario planteados por la crítica, como en el caso de D. José María Pereda. Eran los de más importancia: dilucidar si el carácter universal de la novela es antagónico a la limitación del regionalismo, precisar la relación entre el paisaje o elementos descriptivos y la acción, hasta llegar a definir con exactitud el concepto de novela.

Fernán Caballero afirmaba que la novela costumbrista tiene por objeto ilustrar la opinión por medio de la verdad, sobre lo que se trata de pintar, sin extraviarla exageradamente. Concepto parecido al de Reyes Huertas, cuando afirma la fuerza de verdad que debe existir en toda novela.

El problema de la universalidad y el regionalismo en la novela él mismo lo expone como parte de su ideología: «Yo opino —dice R. Huertas— que la novela no cobra su ejemplaridad o su universalidad por el escenario en que se desarrolla, sino porque la acción de los caracteres humanos la hagan sentir como propia a los lectores de acá y de allá. ¿Qué tiene que ver el localismo exterior con la pasión o la humanidad de los personajes? No

creo que haya novela más localista que *El Quijote* y, sin embargo, es la novela más universal del mundo.» Y argumenta también así, al preocuparse de la acción de la novela: «¿Y por qué ha de ser más universal una acción situada en Madrid que en el más oscuro rincón de España?» La fórmula, para Reyes Huertasa, consiste en hacer verídicos y humanos a los personajes.

La relación que tiene que existir entre el paisaje y la acción, Reyes Huertas la expone con toda claridad: «Creo—dice—que una serie de cuadros independientes forma una colección de estampas. Pero que una acción que da conjunto y armonía a estas estampas y las une en el mismo servicio de dar ambiente y escenario a esta acción, es una novela.» La acción, pues, es la que para R. Huertas da a una forma narrativa su cualidad de novela; después habrá que sopesar la cantidad de paisaje o de elementos descriptivos para envolver esa acción.

Con arreglo a este criterio, en la novelística de R. Huertas hay que señalar dos etapas: parte la primera de *Los humildes senderos* y llega hasta *Mirta*, que puede servir de eslabón con la etapa posterior, aunque esté escrita cronológicamente después de *Luces de cristal* y *Lo que la arena grabó*.

En esta primera serie podemos precisar estas características: el marco paisajista y pueblerino, constituye el fondo principal. En ellas el paisaje se sobrepone a la acción, que es sencilla y casi siempre trata de las dificultades amorosas de dos jóvenes de la misma clase social pueblerina, acaudalada. Aquí las estampas son más profusas y el hilo tenue de la acción las une. A tal grupo pertenecen *Los humildes senderos*, *Lo que está en el corazón*, *La ciénaga* (no diferente a las demás, como se ha venido afirmando, sino de más contenido político), *Blasón de almas*, *Agua de turbión* y su segunda parte *Fuente serena*, y especialmente la mejor de este ramo, *La sangre de la raza*. En todas ellas, con ligeros matices, es el campo extremeño, limitado por los castillos de Magacela, Medellín, Almorchón, Puebla de Alcocer y Montánchez, zona salpicada de pueblos, Villanueva, La Haba, Don Benito, Orellana, Campanario, La Coronada, Quintana, Castuera y otras humildes aldeas, como Alcores del Prior, Torrealta, El Encinar, con dilatadas dehesas, abundantes mieses, tupidos encinares y olivos centenarios.

Si recordamos quizá su mejor novela de este grupo, *La sangre de la raza*, vemos cómo en el paisaje de Torrealta y El Encinar, se diluye un estudio profundo de la psicología de diversos tipos humanos del agro regional. Encontramos asimismo los ecos más puros del habla popular extremeña, y sobre todo, a lo largo de sus capítulos, la acción de unos amores de señoritos de pueblo va hilvanando las estampas más típicas y pintorescas de las costumbres de esta región: la matanza, desde el arrastre de los cerdos a la salida de las zahurdas, hasta el succulento artesonado del embutido. Otra vez nos describirá la fiesta de la Candelaria en el pueblo de Torrealta, con bailes de mozas en las calles, cantos de romances, riñas de gallos, el correr de las cintas y el baile del señorío en el Casino. Más allá surge la montería en la mancha prieta de charnecas, lentiscos, romero y madreñeras que troncha el colmillo del jabalí azulado por la jauría o parecen nadar airosos ciervos. No puede faltar la romería del Domingo de Resurrección al Santuario de la Virgen de Piedra Santa, de maravillosas descripciones. En estas novelas se dibujan otros cuadritos para formar un conjunto, que nos descubren con intensidad la psicología más íntima del pueblo extremeño.

Mirta es el punto de unión de las dos cadenas novelísticas. Según su autor, es la más dramática de todas, entendiendo por dramatismo la mayor fuerza del conflicto moral que se plantea. *Mirta* inicia como una leve transición, en donde el conflicto accional trata de equilibrarse con el paisaje o elementos descriptivos. En la segunda fase, aparece ya un dominio de la acción y una mayor fantasía. Los escenarios se hacen más urbanos, más cultos. Se emplean otros medios donde desarrollar la acción y aumenta y se complica la psicología de los personajes, dándoles más carácter de modernidad. Pertenecen a este grupo *Luces de cristal*, en donde el protagonista es gallego y ambos nobles: Pablito Montiel, conde de Langoa, y Ernestina, la duquesita de Anzules. Se desenvuelve el conflicto en el Monasterio de Guadalupe. Otras novelas de este período son: *Lo que la arena grabó*, *Mamá divorciada*, etc., etc.

La canción de la aldea, última novela publicada en homenaje a su autor, es un retorno lleno de nostalgia de despedida a la

primera forma, cuyo mayor éxito—según dijimos—lo alcanzó con *La sangre de la raza*.

Fué un retardado. De haber nacido antes Reyes Huertas, hubiera sido el maestro de la novelística española por antonomasia.

5.—El cuento

Se aproxima el «cuento» a la «Estampa», por su brevedad. Los «cuentos» de Reyes Huertas, a pesar de que los sucesos que narra son en el fondo parecidos al de las novelas, tienen más intensidad en su desarrollo. Apenas se observa el más leve artificio, ni se empañan por la monotonía de sus descripciones o diálogos, ni se estira su acción, como la goma. Es el disparo certero. Inquietud, rapidez, y hasta elegancia en las pinceladas, recuerdan algo a los cuadros impresionistas de Manet o de Gauguín. Están pintados del natural, sin esas luces preparadas con telones en el estudio, y, así, la emoción del momento seduce desde que empieza. La palabra se hace más jugosa y expresiva. El cuento lo resuelve Reyes Huertas pronto, en pocas sesiones, sin esperar a esas altas y bajas en la inspiración, que desmayan los trabajos más extensos. A otros novelistas les sucedió cosa parecida: a *Clarín*, a Pereda, a la Pardo Bazán. De tales escritores gustan más los cuentos que las novelas largas.

Escogeremos uno de los cuentos más amenos: *Como en el amor*. Lo escribió en 1927. Pertenece, pues, a su primera época. Por su limitada extensión y su sintetismo no llega a novela corta. Presenta los personajes en rápidos toques, y, la acción va hacia el final, sin rodeos ni meandros. Es el eterno tema amoroso de una pareja de familia acomodada, que funda un hogar de bostezos y de aburrimiento en su casa de campo. Es el tedio del joven matrimonio, sin hijos. La voracidad donjuanesca del señorito de pueblo, le lleva a cortejar a la molinera. La conquista nocturna, con la intervención celestinesca de la Tía Catanla, no llega a consumarse y el honor de la molinera queda virgen, como el de Melibea. La prosa es sencillamente magistral y luminosa. Sobresale, como en toda su obra, la visión del campo extremeño y el triunfo de la moral cristiana, que el novelista, desde su infancia, lleva en lo más íntimo de su alma. La noche del asalto al molino,

el novio de la molinera, Juan Antonio, mata a su rival. Antes de expirar, ya en su lecho hogareño, oye de los labios de su esposa enfendida la feliz noticia de hallarse encinta.

Cuenta saldada es otra narración breve. Pertenece al folklore regional—Reyes Huertas fué amigo de Isabel Gallardo, una buena folklorista extremeña de Villanueva de la Serena—y se desenvuelve en el ambiente placentino, donde los bautizos se celebran con atuendo extremeño. Al ración nacido, fruto anticipado de unos novios del pueblo, le deposita la madre en un portal de Plasencia, cuya humilde familia lo saca adelante. Juanón, el padre, mira absorto el paso del bateo, y, al enterarse que es su hijo el neófito, se abraza a él, para casarse después con su novia Gertrudis. Está escrito en lenguaje de la Alta Extremadura, como las poesías de Gabriel y Galán.

6.—Composiciones breves

De todas las creaciones literarias de Reyes Huertas, nos parece su valiosísima colección de «Estampas» la más lograda. Tienen la sencilla naturalidad de toda obra consagrada. Reyes Huertas definió la «Estampa» como «actualidad periodística escenificada en los medios campesinos». Es cierto que muchas de ellas las empleaba como expresión de sucesos cotidianos, en relación con el cambio de hábitos y evoluciones de la moral social, ya ciudadanos o rurales. Las consideraba más eficaces por su amenidad. Lo hemos repetido, Reyes Huertas, en el fondo, era un gran moralista, como todo espíritu religioso.

Aquella definición suya no es completa. La inclusión del tema costumbrista en la obra literaria, es tan antigua como la literatura. El cuadro de costumbres puede definirse como una narración breve, casi todas en prosa, donde se dibuja algún tipo, institución, suceso o moda, con pequeña trama y fin moralizador o de entretenimiento; alcanza su apogeo a partir del primer tercio del siglo xix. Ya en el xvii hallamos antecedentes más claros, donde se funden elementos satíricos y picarescos. Montesinos, en su trabajo sobre Gracián o la picaresca pura, habla de la evaporación de los contenidos novelescos, al calor de preocupaciones morales y costumbristas. En esta misma línea inicial del costum-

brismo, podríamos citar *Los sueños* de Quevedo y también la novela cortesana de Salas Barbadillo, Castillo Solórzano y doña María de Zayas.

El punto de unión entre este costumbrismo hispánico y originario con el cuadro de costumbres posterior, más cosmopolita, casi parisino, pues Francia es el eje europeo entonces, se encuentra en Liñán, Zabaleta y Francisco Santos. Es cierto también que en la difusión del cuadro de costumbres, influyó notablemente la prensa periodística. Son los tres grandes periodistas de este momento Mesonero Romanos, Estébanez Calderón y Mariano José de Larra.

Las «Estampas campesinas» de Reyes Huertas con este adjetivo quedan limitadas y se reducen más estrictamente al campo extremeño. Ascenden a varios miles diseminadas por diarios y revistas de España y América, que después de una selección necesaria quedarían los más preciados tomos de sus «Obras completas», que Extremadura tiene el deber imperioso de publicar. Las mejores fueron, sin duda, las que aparecieron en la *La Gaceta del Norte*, diario de Bilbao, donde se le consideraba mucho. En ningún otro periódico escribió tan a gusto (1).

Es difícil concentrar en brevísimas páginas personajes, acción, diálogo y descripciones y expresar, con todos estos elementos, el espectáculo o el suceso con una rapidez impresionante. Tienen las «Estampas» de Reyes Huertas una unidad de folklorismo. Pertenecen a los seres de la gleba extremeña en su salsa pristina y evocan, con una variada policromía de matices rústicos acordados el paisaje sus propios pensamientos y emociones en medio de una serenidad armoniosa entre el alma y la Naturaleza, hasta conseguir unos finales de malicia y socarronería, unos finales de pan y miel. Es la aldea, la casita del labrador, el chozo; es la huerta, la humilde senara, el escenario donde se mueven y viven los personajes con íntima naturalidad. Es, repetimos, el pilar más firme de la copiosa obra de Antonio Reyes Huertas.

Falta un trabajo biográfico extenso. Falta recoger los juicios

(1) Sentiríamos que se confirmasen las noticias que llegan a nosotros, de haberse extraviado originales de muchas «estampas» de R. Huertas.

críticos tan ponderados y valiosísimos de toda España, y especialmente los de la región, como los de López Prudencio, Pedro Romero Mendoza, Marcos Suárez Murillo, Arturo Gazul, Antonio Manzano Gariás y otros muchos. Se necesita un estudio de amplios vuelos acerca de la obra del escritor de Campanario don Antonio Reyes Huertas, poeta, periodista, cuentista, novelista y creador de «Estampas campesinas» que honran a España, a Extremadura y a su autor.

CAPÍTULO II

Reyes Huertas en el cine

1.— Una sorpresa

Se ha estudiado la influencia del cine en la novelística. Y se ha puesto de relieve lo que el arte de la novela aportó a la pantalla, así como han salido a relucir los defectos de las películas españolas, inspiradas o tomadas de nuestros autores contemporáneos o de los del siglo XIX, como *El clavo* o *El escándalo*, de Alarcón.

No creemos que las novelas de Reyes Huertas, por sus asuntos locales, su lento desarrollo y sus numerosas descripciones del paisaje extremeño, sean las más a propósito para utilizarlas como guiones cinematográficos; pero el hecho cierto es que, sin solicitarlo por su parte, vinieron a ofrecerle condiciones económicas para filmar algunas de sus producciones y tuvo la oportunidad de ver representada en celuloide una de sus novelas, por lo menos.

Reyes Huertas, en el mes de marzo de 1945, escribe a Monterrey diciéndole que, por conducto de su buen amigo Sanz y Díaz, ha recibido copia de una carta de sus editores:

«Una productora cinematográfica española se interesa por la filmación de alguna de las novelas del Sr. Reyes Huertas. Ello supondría una excelente propanganda, que nos beneficiaría a todos. La obra que más les ha interesado y que en un principio están decididos a llevar a la pantalla es *Lo que la arena grabó*. La dirigiría Iquino y posiblemente los protagonistas serían Adriano Rimoldi y Ana Mariscal. Esperan que yo exponga las

condiciones que el autor pondrá para la realización cinematográfica de la mencionada novela. Si se llega a un acuerdo, realizarían el guión inmediatamente. Te ruego, pues, te pongas en contacto con el Sr. Reyes Huertas y le expongas el asunto. Sería interesante que el autor no fuese demasiado exigente, económicamente hablando. Te digo esto, porque me consta que tienen en cartera varias novelas de otros escritores españoles que se ajustan mucho en el precio. Espero tus noticias referentes a este asunto lo más rápidamente posible.»

Y añade por su cuenta Sanz y Díaz: «Contésteles directamente, se lo ruego, lo antes posible, pues es asunto que a todos nos interesa.»

«Y ayer mismo—continúa Reyes Huertas—contesté directamente a la HYMSA para que me oriente lealmente, pues yo no sé qué pedir y puedo dar un palo de ciego, lo mismo por más que por menos. Y ahí tienes lo único de cierto que hay hasta hoy sobre cine. No sé si ese señor que espero acuda a Villanueva vendrá a lo mismo. De cualquier forma, te tendré al corriente de lo que haya sobre todo esto.»

2.—Contra de «Luces de cristal»

En el mes de febrero le escribió Reyes Huertas al poeta diciéndole que lo había solicitado un señor de Madrid para asunto de sus novelas y suponía que pudiera referirse también al cine. Celebrarían la entrevista en Villanueva de la Serena. Por fin, después de varias cartas y conversaciones, quedan determinadas las cláusulas del contrato para la filmación de otra de sus novelas, *Luces de cristal*. Al firmar el contrato recibirá Reyes Huertas 20.000 pesetas y el diez por ciento de participación en los beneficios de la película. Tiene además los derechos que cobra la Sociedad de Autores por proyección.

«En cambio—continúa Reyes Huertas—no hice trato con la casa productora de Barcelona que dirige Iquino. Los editores míos pidieron 18.000 pesetas. Iquino vió el flaco y ofreció aún menos por *Lo que la arena grabó*. Y mi hija Jacinta acudió al quite, comunicando en mi nombre que ni por 18, ni por 38, ni por 58 mil cedía la novela, y que lo mejor era dar por terminado el asunto. Y así quedó.»

.....

«Yo también quedé un poco decepcionado con lo que pagan en el cine. Pero he visto la relación auténtica y oficial de lo que pagan. Yo hubiera podido sacar hasta las sesenta mil pesetas; pero he preferido la modalidad de recibir menos y llevar participación. Fernando Ibero me aconsejó esto, pues dice que medio regular que pinte la película puedo obtener treinta o cuarenta mil duros. Amén. Creo que soy el primero que contrata así. El contrato lo estoy esperando de un día a otro. Ya han rodado, según me comunicaban, algunas escenas de «Semana Santa en Guadalupe».»

«Ahora esta es la novedad. Mi gente sueña con ese diez por ciento y con los derechos de la Sociedad de Autores, que, según me dicen, dan de veinticinco a treinta pesetas por proyección.»

.....

«De cine no sé si te dije—le escribe Reyes Huertas a Monterrey desde Madrid el 14 de julio de 1945—que estuvieron hace unos días aquí en mi casa los empresarios a leerme el guión de *Luces de cristal* corregido. Ha quedado muy bonito, pero ocurre con la película virgen como con el papel, que no hay en España, y no se puede rodar hasta que venga.»

«Sin embargo, me dan seguridad de que veré su estreno antes de volver a Extremadura. Las veinte mil pesetas las cobré al firmar el contrato, estando aún en Ortiga.»

.....

«No he tenido tiempo de ver a los de *Luces de cristal*.»

«Aún no he visto a los pelicularos de *Luces de cristal*. Los he citado para el domingo y hasta tanto no sabré si va adelante o su atasco es definitivo.»

«Y aún estoy esperando al americano de Tánger. Me va escamando algo este americano.»

3.—«Luces de cristal» no acaba de lucir

En marzo del 46, Reyes Huertas le dice que celebró una entrevista respecto a sus asuntos cinematográficos:

«El domingo estuve tomando café con Ibero el de *Luces de cristal*. Posiblemente se reanuda su filmación en este próximo mes de abril. Desde luego estará terminada para estrenarse en

octubre. Y será, con eso, que dos películas de un mismo autor se estrenen en la misma temporada.»

(Se refiere a *Lo que la arena grabó*, también en marcha.)

«Saqué una impresión optimista, pues me hizo saber que, aparte el diez por ciento que llevo de participación en *Luces de cristal*, cobraré de la Sociedad de Autores diez o doce mil pesetas al año, como derechos de proyección por cada película, y durante los dos o tres primeros años.»

«Ha sido todo esto algo providencial, porque sin buscar nada, como tú dices, y sin servir yo para pedir nada ni para tirar de la levita a nadie, se han venido las cosas por sí mismas, solicitándome cuando tantos otros de cartel ofrecen lo suyo por mucho menos dinero, y hasta ofreciéndome mejores contratos para el porvenir. No tengo, pues, prisa porque llegue o no ese americano de Tánger, porque Iquino me habla de *La sangre de la raza* para un porvenir próximo e Ibero de *Mirta* y otras.»

«La película *Luces de cristal* sufre otro atranco impensado. Es la película de los imprevistos y ya voy desconfiando de todo, después de tantos comienzos y paradas.»

En mayo de 1950 decía Reyes Huertas:

«De cine estoy pendiente de una entrevista con Ibero para ver qué hay de *Luces de cristal*.»

Nada se veía de estas luces, que, si no me equivoco, no llegaron a lucir.

4.—«Lo que la arena grabó». Optimismo

Desde su Campo del Ortega, el 9 de febrero de 1946, le decía:

«Me escriben de Madrid que abrevie el viaje cuanto pueda, pues me esperan unos señores que quieren tratar un guión cinematográfico sobre otra novela mía.»

«Llevo dos días pendientes del teléfono, celebrando varias conferencias con Barcelona para ajustar *Lo que la arena grabó*. Me han ofrecido veinte mil pesetas y quiero treinta mil. Por añadidura, aguardo a otro empresario americano que desea filmar *La sangre de la raza* y *La llama colorada*. Está actualmente en

Tánger y quedo recado a su representante para que le avise tan pronto regrese yo a Madrid.»

«Ochenta o cien mil pesetas, si contrato las tres novelas, me permitirían montar definitivamente mi pequeña granja de Ortiga y asegurar a mis hijos una rentita de cuarenta a cincuenta mil pesetas anuales. En fin, amigo Manolo, que empiezo a proclamar una vez más que la Providencia, que sigue acordándose de nosotros, nos da las cosas a la medida cuando menos lo esperamos.»

.....
 «Al fin ajustamos *Lo que la arena grabó* en poco, en veinte mil pesetas (no se lo digas a nadie). Mis editores, por la propaganda en la venta del libro, han contribuido a este mal negocio. Iquino me ha prometido llevar otras novelas al cine, como compensación.»

El primero de marzo de 1946, desde Madrid, Reyes Huertas le dice que espera marchar pronto al campo cuando se desocupe del trabajo atrasado que tiene y cuando termine la adaptación cinematográfica de *Lo que la arena grabó* que le ha encargado «Emisora Films», que es la que va a hacer la película.

«Firmamos ya el contrato y recibí las primeras pesetas. Creo que en lo sucesivo no perderemos el contacto y que lo más fácil, por lo que hemos hablado, es que año tras año vaya una novela al cine, las sucesivas en mejores condiciones, y todo ello constituirá un refuerzo.»

«Esto del guión, que ya he comenzado a hacer, me tiene enfrascado casi todo el día, con el afán de terminarlo pronto y disponer en seguida las cosas para marcharnos al campo. Me urgen tanto de «Emisora Films» que entregue cuanto antes el guión para su acoplamiento, etc., y empezar a rodar, que he tenido que dar todo lo demás de lado.»

«Yo llevo unos días de afán. De acá para allá, en este huelgo que me ha dejado la terminación del guión cinematográfico, queriendo ajustar lo que he de hacer en mi próxima temporada de Ortiga y echando fuera la colaboración que tenía atrasada.»

.....
 «El guión lo terminé y ayer mismo lo entregué a la «Hispano Fox» para su remisión a Barcelona. Quedó a mi gusto, pero no

sé si te he dicho ya que en estas cosas de cine estoy todavía en mantillas y no sé si habré sabido manejar los muñecos.»

«En casa, donde he dado lectura de él, pues mi mujer y mis hijos son mis consultores, ha gustado mucho. Desde luego es superior al de *Luces de cristal* y he cuidado en éste el fondo paisajista y popular. Probablemente los motivos musicales salgan del cancionero extremeño, porque así lo recomiendo. En *Luces de cristal* se ha hecho eso y un romance y una jota típica han quedado preciosos.»

«En fin, que estoy hoy contento con los auspicios que me dan.»

Reyes Huertas sufre una gran decepción y así se lo comunica a Monterrey en primero de junio de aquel año: «Estuve enfascado con la lectura del guión cinematográfico que de mi novela han hecho Iquino y otro señor, y que no sé para qué me envía «Emisora Films», pues, según me dice, es el definitivo, y por informes de una sobrina mía que se halla en Barcelona sé que ya lo están rodando.»

«Si llegas a ver la película no conocerás mi novela ni por el forro. Han prescindido en absoluto, no sólo de mi guión, que esto al fin y al cabo estaría justificado ante otro mejor, y yo mismo hubiera optado en su caso por él, sino de todo lo folklórico y sugestivo de la novela, haciendo un buñuelo de lo más descabellado e incongruente que darse puede. Veo que lo que han querido hacer es una película baratita, corriente y moliente, de esas que más desacreditan que dan lustre al cine español y que en todo caso pasará sin pena ni gloria. ¡Adiós mis ilusiones, fundadas en la promesa de Iquino de que iba a hacer ¡una gran película!! ¡A cualquier cosa llaman las patronas chocolate!»

«Por añadidura me han quitado el título de mi novela y han puesto el de *Borrasca de celos*. Ni por el fondo, ni por la forma, ni por espectacularidad, ni por nada, creo que este engendro vulgar pueda añadir un lector más a los que ya tenga mi novela. Tan profundamente desilusionado estoy que me es indiferente su rodaje con cualquier clase de artistas y elementos.»

«He hecho consignar mi profunda divergencia con los guionistas en el modo de interpretar mi novela y sus personajes, a los que no conozco ni yo mismo, que soy el padre que los engen-

dró. Y dejo a ellos toda la responsabilidad de su obra, eximiendo la mía de lo que no he hecho ni participado.»

«Todo esto me ha hecho pasar unos días de malos ratos, pensando en el triste destino en que ha acabado una novela en la que todos veían posibilidades para una cinta interesante. Aquí en el guión lo esencial son besos y besos, con adulterio de lo más inesperado, violento y estúpido que yo conozco, con crímenes y todo, monólogos y monólogos para explicar un proceso sentimental, ¡tan desacreditado como está ya el monólogo en la comedia y en la pantalla! Una birria de naufragio, en que todo se reduce a unas guitarras que flotan y a una tabla que arrastra una ola de manga de riego, y un final en que toda la emotividad y solemnidad de una explosión de amor inefable queda limitada a la aparición de un niño que dice «mamá» y tropieza y va a caer. Así, con esto, baja el telón.»

«En fin, no quiero hablar más de la película, porque me pongo furioso. El tiempo dirá y no pasará sin mi protesta si llega el caso, si alguien me inculpa a mí de haber inspirado tal churro.»

.....

«No sé si te dije que se estrenó en Cáceres y mis hijos salieron apenados. Mi mujer y las hijas que quedaron con ella en Madrid fueron a ver su estreno en el Coliseum y salieron también defraudadísimas. Cartas de amigos he recibido protestando de la interpretación descabellada que ha dado Iquino a los personajes de mi novela. La crítica, en cambio, parece que exalta a Iquino; pero yo sé cómo se hacen estas cosas y no me dejo sugerir, conociendo, como conozco, el guión. Es un engendro sin pies ni cabeza, ni lógica, ni explicación de un proceso sentimental. Sólo Gómez Mesa se ha atrevido a decir en el *Ya* que la película es muy inferior a la novela y que Iquino ha hecho un mal guión.»

Por estas y otras cartas de Reyes Huertas referentes a las proyecciones cinematográficas de sus novelas, parece deducirse, en primer término, que no consiguió ver reproducida en la pantalla *Luces de cristal*. Respecto a *Lo que la arena grabó*, si mal no recordamos, en una de sus cartas posteriores modifica en sentido más favorable el juicio severo de su primera impresión. Breve fué su paso por el cine y no le acompañó la suerte ni en

el aspecto comercial, ni en el artístico, pues los beneficios fueron limitados y escaso el mérito de *Borrasca de celos*, título con el que se filmó dicha novela. Entristece el pensar en las fundadas ilusiones familiares de bienestar que trascienden de sus cartas durante los primeros pasos y ofrecimientos; el entusiasmo natural y merecido con que recibiera las ofertas iniciales, frente a los míseros resultados alcanzados ante la dolorosa realidad, que vino a destruir sus sueños. ¡Qué pena de cine español!

CAPÍTULO III

Epistolario de Reyes Huertas a Monterrey

1.—El poeta

En la juventud, Reyes Huertas y Monterrey fueron buenos amigos. Tenían las mismas aficiones literarias y hasta llegaron a publicar un libro de poesía con originales de los dos.

Uno de los comercios de la acera del Campo de San Juan de Badajoz, era una relojería. En los escaparates brillaban multitud de relojes. Detrás del mostrador, en un pupitre, sentábase a trabajar Monterrey durante muchos años, casi hasta su jubilación. Había sus contertulios. El poeta, con la cabeza baja y el ojo oculto en el tubo de la lente, aprisionaba con sus pinzas ruedecitas y espirales, engarzándolas pacientemente entre una monótona sinfonía de tic-tac, tic-tac de los relojes: medían el tiempo y los endecasílabos del lírico relojero. Desde aquel rinconcito provinciano veía—dentro y fuera del local—la comedia de la vida, cuyo telón de foro con jardines y palmeras representaba el muro almenado y el torreón de la vieja Catedral, recortándose muchas noches sobre un cielo de luna muy romántica.

Después de abandonar el Seminario, Reyes Huertas dirigía el *Noticiero Extremeño*. En la Redacción o en el Café de la Estrella, los domingos reuníanse literatos en ciernes, donde se discutían las nuevas tendencias poéticas, se leían sonetos o madrigales, o se recitaban composiciones modernistas. En las mesas próximas los *merchanes* o corredores discutían el precio del ganado *en vivo*: siempre junto al espíritu alado, la pesada materia.

Muchos años después, hacia los diez últimos de su vida, Reyes Huertas pasó una breve temporada en Badajoz y reanudó su amistad juvenil con Monterrey. Estas relaciones íntimas fueron epistolares y terminaron al morir el novelista.

2.—Motivos

Reyes Huertas lleva una vida familiar, de trabajo. Pasa largas temporadas en su Campo del Ortiga, junto a La Guarda, cerca de Campanario, en la Serena, y el resto de cada año en Madrid: Corte o cortijo. Con tantas idas y venidas, los viajes en ferrocarril debieron sumar una buena fortuna y muchas molestias.

La librería de X administraba la venta de novelas de Reyes Huertas en Extremadura. Algunos inevitables retrasos en las liquidaciones decidieron al escritor encargar a su amigo Monterrey del cobro de cantidades periódicas convenidas entre el librero y el novelista. Todos los meses Reyes Huertas veíase en la necesidad de escribir a Monterrey. La mayoría de sus cartas son en realidad acuses de recibo, y, en las menos, daba rienda suelta a sus intimidades. Bien noticias de su enfermedad, de sus vicisitudes, de sus novelas o de sus guiones cinematográficos. Ya le habla de la futura cosecha de aceite o de cereales de su finca extremeña. En muchas de sus misivas alude a los *Medallones* de Monterrey. Son dos libros de sonetos biográficos de figuras locales más o menos salientes del mundillo extremeño. Le envía al novelista estas pruebas que va corrigiendo. Le señala defectos o elogia entusiasmado sus aciertos líricos. Otros de los temas constantes son preguntas a Monterrey interesándose por el precario estado de salud de Elena, la mujer del poeta.

Anda Reyes Huertas por los cincuenta y seis años. Hace muchos que soltó las amarras del periodismo, que, al final, miraba con horror. Vive en Madrid, escondido en su piso de la calle de la Madera, dedicado a producir novelas, cuentos y estampas campesinas. Hace más de diez años que desconoce el movimiento literario en Extremadura, a pesar de las temporadas de meses que pasa anualmente en su finca de La Guarda.

Sus primeras cartas son verdaderas confesiones: desgracias,

fracasos económicos que no desdoran al hombre, al contrario, lo enaltecen, y también sucesos optimistas, éxitos y triunfos materiales. A las caídas siguen ayudas inesperadas, o desvíos de sus paisanos y hasta calumnias. En su prosa sencilla se advierte su naturalidad, su hombría de bien, su espíritu religioso, su fe conquistada durante nueve años en el Seminario. Antes de la fecha, signa sus cartas; en sus reveses confía siempre en Dios y de vez en cuando cita una frase latina de sus tiempos de Teología o algún extremeñismo de la Serena. Al hablar de las siembras, que aquel año están hermosísimas, añade: «y si se gozan, tendremos una cosecha excepcional». Tenía en preparación un vocabulario extremeño de la Serena.

Adivínase, a lo largo de estas intimidades amistosas, su carácter tímido y sincero en esos diminutivos pueblerinos que usa frecuentemente; sus ambiciones, conformadas a un limitado pasado; su apocamiento, en deseos de conciliación de paz y de calma; su amor a la tierra, con honradez perfecta, y su hombría generosa y paternal. Pasó por la vida dedicado al hogar, a la educación de su abundante prole y a solazarse y trabajar, como un forzado, concibiendo y puliendo toda su obra de escritor.

3.—Una de sus primeras cartas

El poeta Monterrey le ha escrito hablándole de un soneto en el que describe la figura espiritual del novelista. Aparecerá en sus *Medallones*. Le recuerda su antigua amistad juvenil, lamentando la ausencia en que vivieron hasta ahora.

En los primeros días de febrero de 1944, Reyes Huertas, desde su Campo del Ortiga, le contesta a vuelta de correo: «Hasta este campo donde paso gran parte del año, pues achaques de salud, que no es muy buena, y la índole de mi trabajo me lo hacen más apetecible que Madrid, sobre todo en los inviernos, me llega tu carta sin fecha.»

«Sugestiva es la noticia de mi «medallón», que se va a radiar ahí en Badajoz, y más sabiendo que ha de ser hecho por ti, cuyo talento admirable por la modestia que guarda, si no lo fuera por su valor, saldría siempre mejorado para el caso mío con tu nativa bondad y el afecto que nos profesamos, a pesar de los silencios,

Lamento, en primer lugar, no poder desplazarme al pueblo (*se refería a Campanario*) para tener el gusto de oírte por la radio. Pero llevo una temporada fastidiado con trastornos intestinales, a causa de la dentadura, que está en arreglo; guardo ahora reposo casi absoluto y régimen especial; tendría que hacer noche en el pueblo, caminando en burro, pues ahora no hay otro medio, doce kilómetros. Sin embargo, mis hijas, que van todos los domingos—y con ello disfrutan—, estarán atentas y me contarán lo que te oigan.»

«Efectivamente, estoy en deuda contigo, aunque no de afecto. Este permanece imborrable e íntimo a través del tiempo y casi estoy por decirte que más acendrado cada día, pues aquellos recuerdos de nuestra convivencia en Badajoz son de los que dejan hondo surco en el alma, porque son buenos y porque entre nosotros no se dió ese fenómeno corriente entre los profesionales de murmurarse, envidiarse y roerse. Tu alma, que fué siempre la de un poeta puro, no supo dar más que bondades y nobles efusiones. Estuve en Badajoz y no sé si fué Vaca quien me dijo que vivías en la Estación. De haber sabido que seguías en la relojería, no me hubiese privado del gusto de darte un abrazo. Me lo prometo para la primera ocasión en que vuelva, que creo será, si Dios me lo permite, en el próximo mayo, de regreso de Cáceres, a donde iré a dar un vistazo a los nietos. ¡Ya soy abuelo por dos veces, amigo mío, y espero la inminencia de la tercera! Me prometo también enviarte un ejemplar de cada uno de mis libros, tan pronto me haga de repuesto de ellos, pues mis editores sólo me dan veinticinco ejemplares de cada uno y hasta mis hijos lo están esperando para su colección.»

«Mis triunfos, que tú dices, son sólo bondades de los amigos, que me tratan bien. Dios se lo pague. Y del público, que me da muestras de su generosidad (especialmente nuestros paisanos). Y más que nada cierta asistencia providencial que yo veo presente en mi vida.»

.....

«¿Y tú, has publicado algo? Desde hace tiempo viví casi sin noticias directas de Badajoz, fuera de las que diera cuenta el *Hoy*, que bien en Cáceres o en Madrid leía de prisa por mi brega diaria. De diez años acá estoy casi en ayunas del movimiento

literario en Extremadura, y ahora que paso por aquí grandes temporadas voy reanudando amistades y conocimientos.»

«Quedamos, pues, en que correspondo a tu afectuoso recuerdo con el antiguo e inmutable mío; que me gustaría ver si haces diseños escritos de tus «medallones», lo que hayas radiado; que te daré un abrazo cuando vaya a Badajoz, y que, por si se retrasara más de lo que yo quisiera, te envío esta postal como anticipo y como muestra del viejo afecto de tu viejo amigo. Saluda a tu esposa.»

4.—Otra carta de Reyes Huertas a Monterrey

El 10 de mayo de 1944 le escribe Reyes Huertas a Monterrey una de las cartas más extensas de todo el epistolario. No es posible ocultar este valioso documento por razones sentimentales y de familia, si queremos fijar para el porvenir la fisonomía espiritual de Reyes Huertas. Dejaría de ser él. Si acaso silenciásemos los rasgos indelebles de su ser moral, de su hombría de bien, de su nobleza de carácter ante la adversidad, de su acendrado amor a la familia, su confianza en Dios cuando la suerte le es adversa; si borrásemos las huellas de los dolores que se relatan en tan preciosos documentos, su figura sufriría una enorme mutilación. Esta semblanza, no sería la suya. Más atildado, más prudente, sin señalar estas cicatrices que las heridas de la vida ofrecen, reflejaríamos en estas páginas el bosquejo de un ente imaginario, pero nunca al extremeño de nacimiento, al hombre singular que supo obtener la victoria con su tesón y sus obras literarias como lo hiciera el novelista Antonio Reyes Huertas.

He aquí este valioso escrito:

«Mi querido Manolo: He recibido tus letras del 29 del pasado abril y ya me quitaron la incertidumbre en que me debatía, por si habías recibido o no mi carta y libros que te envié cuando iniciamos, o mejor dicho, reanudamos la comunicación de nuestros antiguos afectos. Esa carta de primeros de marzo con que contestaste a mi envío no ha llegado a mi poder y yo no sabía qué pensar: si habías recibido o no mis libros o estabas, para mayor preocupación mía, enfermo; tanto, que pensaba informarme de doña Isabel Gallardo, que me escribe con alguna frecuencia,

para que por Segura, Covarsí u otros me diese noticias de tu salud.»

«Ahora soy yo el que por este azar del extravío de tu carta he pasado ante ti por olvidadizo. Ya está todo explicado.»

«Tu carta me trae nuevos testimonios de la verdadera amistad tuya. Mucho te los agradezco, y sobre la noticia que me das de haberme designado mantenedor de los Juegos Florales de esa capital, he de hablarte con toda sinceridad para evitar a tiempo cualquier situación embarazosa. Hasta ahora no he recibido comunicación oficial alguna y sólo sé de ello lo que tú me dices; pero, por si persisten en la idea de fiar en mi inutilidad, he de advertirte que, por bien de todos y de la fiesta, yo no podría en estas circunstancias tomar sobre mis hombros carga tan grande, aunque tan honrosa. Físicamente estoy hecho una birria, y no me refiero al tipo, del que nunca presumí, sino a las condiciones esenciales para una pronunciación medianamente correcta y aceptable. Se me sale el aire, me faltan órganos auxiliares para que esa pronunciación no resulte fofa y ridícula, y en estas condiciones tú comprenderás que ni podría salir satisfecho de mi empeño ni satisfacer a nadie. Esto es hablarte en plata, como dicen los que no sé por qué utilizan ese metal para su locución, pues yo nunca adiviné la exactitud de la metáfora. Pero, en fin, tú me entiendes y eso basta. De haberme cogido ya con la dentadura puesta, yo hubiese aceptado con gusto tan honrosa designación, pero no es cosa de ir ahora a Madrid (*Reyes Huerta le escribía desde su Campo del Ortiga*) con lo que yo tengo que hacer por aquí y sin seguridades de tiempo para una cosa de estas, de cuya buena colocación y encallamiento de las encías depende el útil servicio de una dentadura postiza. Te lo digo así para que confidencialmente, ya que no hemos salido aún de ese terreno, se lo digas a Juez, a quien darás de mi parte las gracias y mi afecto, y a López Prudencio y cuantos me hicieran el honor de poner en mi cualidad de extremeño, que es mi esencial valor, otros méritos que ya debería sólo a sus bondades.»

«Si fuera para otra cosa, para escribir o dar que leer, siempre estaría a su disposición; pero para hablar precisamente yo tengo el deber de quedar, por lo menos, bien y ahora no puedo.

Para un discurso son esenciales las facultades orgánicas y ya ves cómo estoy.»

«Por aquí estaré, a pesar mío, pues ya se han iniciado en alguno de mi familia los síntomas palúdicos, hasta julio, por calcular que no he de poder regresar antes a Madrid tranquilo. Tengo que recoger el poco grano que dé de sí la parca siembra, hacer relaciones, arreglar estos mil asuntos burocráticos que hoy nos exigen a los que producimos algo, aunque sea tan mínimamente como aquí, hasta solucionar todas esas minucias y saber lo que tengo, pues el único hijo varón que me queda y que pudiera suplirme, ni tiene edad para hacerlo y resolver las dificultades, ni conviene distraerle de los estudios que hace preparándose para unas oposiciones.»

«Ya te avisaré cuando marche a Madrid, a fin de que no interrumpamos la correspondencia. Hasta tanto, sigue escribiéndome aquí, pues es para mí un placer no privarme de tus noticias, que vienen, además, siempre llenas de sugerencias.»

«Estoy conforme contigo en cuanto dices sobre el acaparamiento en determinados sectores, no sólo de los cargos, lucrativos por cierto, sino hasta del talento y la intelectualidad extremeños. Siempre fué así en nuestro Badajoz. A mí me da muchas veces risa y pena a un tiempo la interpretación y aun la representación de nuestras auténticas voces. Se habla de Extremadura para ponerla en ridículo, como tú dices. Sus genuinos valores viven oscurecidos y olvidados. Ha salido ahora una juventud impetuosa y jabalí, que se cree endiosada con unos cuantos tópicos que manejan y que cada día creen descubrir un Mediterráneo en sus lucubraciones cerebrales. ¡Qué opiniones, qué cosas, qué estilo!»

«Yo vivo al margen de todo este movimiento «renovador», que cada día está alumbrando un genio nuevo. Me he colocado en plan de espectador pasivo. Me refiero al movimiento intelectual de los que también acaparan la crítica, la actualidad y el bombo. Y estoy siempre con el ansia de hallar algo que verdaderamente merezca la atención. A veces, incitado por los reclamos, pico en leer esto o aquello. Defraudación y sólo esa palabra me acompaña en mi curiosidad. ¡Manes de Pereda, de Galdós, de Alarcón, de Palacio Valdés, cómo sufrirán ante los nuevos genios

verticales y horizontales! Y no digamos nada de los poetas, en los que no encuentro más que presunción y enrevesamiento. Me refiero a la mayoría de los que ya se han proclamado por el corro inmortales.»

«Así que casi estoy orgulloso de mi soledad. Sigo así trabajando en mi retiro apacible, alejado de las tertulias literarias, que en realidad son bolsas de contratación y celestineos de valores intelectuales. Mi pausa en la preparación de novelas, impuesta por el plan editorial a que se ve constreñida por las circunstancias la HYMSA, la aprovecho en colaboraciones. Ahora en días pasados me solicitó *Arriba* para sus páginas literarias. He tenido que aceptar. Mandé un cuento que, según mi sobrino, que va por allí como encargado de confección de planas, ha llamado la atención. No sé si lo publicarán en esta semana o en la otra—los domingos—, ni lo que me pagarán por él; según mi sobrino, trescientas pesetas. Otro artículo que me pidieron el año pasado para un extraordinario, 175. Con esto, amigo Manolo, con cuentos para *Lecturas* y *Letras* a treinta duros, artículos para *La Gaceta del Norte* a quince y cosillas para el *Hoy*, que me viene pagando, y yo no subiré nunca, a diez, y con lo que me dan las novelas y estas tierrecitas, voy llenando en lo que puedo las exigencias de más de una docena de personas que viven a mi cargo y que piden pan, zapatos, vestidos y hasta novedades. ¡Un horror! Ahora tengo aquí en el campo a mi hija casada, que ha venido de Cáceres con mis tres nietos, y nos juntamos diecinueve personas. ¡Pero qué alegría vernos tantos y tener pan y paz y gracia de Dios!»

«Está al tanto de *Arriba* los domingos por si te gusta mi cuento. Ahí en *Arriba* escribe mucho un joven innovador, al que no sé si aludirás tú y del que yo no sabía que era extremeño hasta que él no me lo dijo contestando a la carta de enterado que suelo escribir a todos los críticos que se ocupan de mis obras, me traten bien o mal. Se llama X. Hizo la crítica de *La sangre de la raza*. No le gustó ni como novela regional ni como novela. En su disculpa epistolar me daba a entender que había aprendido a aplicar en el examen de los libros métodos rigurosos y científicos que había traído de Alemania, y coincidía precisamente su carta con otra que había recibido yo de D. Roberto.

Schofen, pidiéndome autorización para verter, precisamente al alemán, *La sangre de la raza*. El alemán, por lo visto, había aprendido en Alemania lo contrario de nuestro ínclito y perínclito definidor. Contesté a éste ya una carta larga y sincera, de extremeño a extremeño, y no he vuelto ya a tener más noticias de él. Así que no me explico por qué me ha solicitado *Arriba* si recuerda la crítica que me hizo uno de sus críticos.»

«Yo olvido y perdono siempre estas cosas por generosidad y porque a los cincuenta y tantos años las vanidades están ya apagadas, y los tímidos saben que tenemos ya curtida la piel para las heridas. Al menos, como tú, yo no aspiro más que a hacer una labor honrada y limpia. Luego supe que había tratado mal a una poetisa de ahí, Asunción Delgado, cuyo libro *Agua de Abril* a mí me pareció un empeño estimable, como promesa y esperanza de frutos más sazonados. No era tampoco libro definitivo para atender a su valor absoluto, sino primera muestra de lo que podría dar de sí una mujer que revelaba sensibilidad y facultades. Eso, por lo visto—yo no leí su crítica—, lo olvidó X. Luego también me contaron en Madrid, cuando estuve en agosto, los empeños que hacía el mismo X por colocar cosas allá y acá y cómo a la vez era una hormiguita afanosa y copiosa.»

«Me hizo sonreír por mi contraste. Nunca pedí yo una colaboración. He preferido siempre que me busquen. Tan sólo una vez, y no hace mucho tiempo por cierto, obedeciendo a sugerencias de Sanz y Díaz mandé una estampa que tenía hecha de Sabariego (recuerdo romántico de las correrías carlistas en Extremadura) a *El Alcázar*. No sé si llegaría, o no les gustaría, mi romance en prosa, porque no he vuelto a tener noticias de él. Seguramente no lo han publicado y en este supuesto he dicho a mi sobrino que vaya por allí y lo recoja, por el temor de perder un original para mí particularmente querido por razones familiares, ya que aquí en el campo, sin máquina de escribir, no me quedo con copia. Y renuncio ya para siempre a la espontaneidad de envíos a nadie, aunque sean incitados por persona allí tan calificada en aquel periódico y para mí tan querida como Sanz y Díaz.»

«Hace cinco o seis días que llegaron libros de mis editores. En la duda de cuáles te envié, no me atrevo hoy mismo a poner

en correo ninguno hasta que tú no me aclares los que te llegaron antes. Tengo ahora disponibles: *Sangre de la raza*, *Humildes senderos*, *La Colorina*, *Luces de cristal* y *Lo que la arena grabó*. ¿Cuáles tienes tú, para que no haya repetición de ellos en el nuevo envío? Escríbeme con esta aclaración y con el cumplimiento confidencial de mi encargo para esos señores de la Comisión de Fiestas. Ya ves cómo te escribo yo, y no por cierto parcamente y haciendo, pero con mucho gusto, un paréntesis a la labor forzosa y hasta utilizando para ti con confianza los mismos trebejos de materia prima que en la labor profesional. Disimula, pero aquí en el campo se me acaba todo, hasta papel epistolar presentable.»

«Ya sabes que no recibí tu carta de marzo. Espero la nueva tuya. Y con afectos de toda mi familia, que ya nominalmente te conocía en mi amistad, y con saludos a tu señora, recibe un abrazo de tu viejo amigo (¿cómo estás tú?).—*Antonio Reyes Huertas.*»

5.—La carta más confidencial

Desde su Campo del Ortiga (Campanario) y contestando a Monterrey, que en este interregno le había escrito dos veces, dice:

«Querido Manolo: Vuelvo a escribirte en este papel que yo llamo proletario y trabajador, del oficio y no de oficio, para decirte que recibí tu dos cartas últimas: la que me comunicaba que habías cumplido mi encargo de declinar en mi nombre el mantener los Juegos Florales, lo que te agradezco, y la que me llegó antes de ayer y que dobla mi gratitud, porque ella me trae latidos cordiales de tu hombría de bien y de tu nativa nobleza de espíritu.»

«No me importa que a esa señora amiga, de quien me hablas, hayas hecho partícipe de mis confidencias. Para las almas limpias, como la de esa señora, que reaccionaba tan pulcramente que no se atrevía a leer autores que consideraba equívocos, quisiera yo tener para mi vida paredes de cristal y dejar traslucir por ellas la verdad de mis intimidades. Tú le has traslucido las confesiones que yo te hacía de amigo a amigo. No tengas apuros por eso y está tranquilo, que quedas para mí absolutamente justificado, si temías haber cometido alguna indiscreción.»

«Yo te hacía esas confidencias, porque me parecía recordar, aunque vagamente, que hace ya muchos años, lo menos veinte, en un viaje que di a Badajoz y en un momento en que entré en la relojería para saludarte, tú mismo me iniciaste algún motivo de los que habían llegado a ti. Por la prisa y la falta de oportunidad, y acaso también, porque, falto de la serenidad e indulgencia que dan los años, mi lenguaje hubiera sido apasionado y vivo, quedó la cosa así; pero de todas formas yo te debía esas explicaciones, que no suelo dar, cuando hago el recuento de mi vida, más que a los amigos de verdad, a los íntimos, a los seis o siete que estimo como tales y a que reduzco voluntariamente el círculo de verdaderos afectos para las confidencias, pues los demás, de nombre, ni merecen mis desahogos íntimos ni siquiera que conozcan las cicatrices que la lucha por la vida me ha ido marcando en el cuerpo y en el espíritu.»

«No me sorprende que a esa señora la hablaran desfavorablemente de mí. Ya en otra ocasión—¿recuerdas cuando Arqueros tuvo aquel gesto romántico de pedir para mí prestaciones oficiales?—D. Indalecio Blanco (q. e. d.), cuya memoria me sigue siendo respetable, se atrevió a decir en una reunión íntima de los gestores de la Diputación provincial que cuanto hicieran por mí sería inútil, porque todo me lo jugaba. Me enteré de ello, y yo, que no había pedido nada y que de antemano había renunciado a todo, le escribí pidiéndole la caridad de que comprobase sus testimonios con los de personas de conciencia que me conocieran: párrocos, autoridades y hombres ecuánimes, y, con promesa mía juramentada de no violar nunca sus secretos, me atenía en definitiva al juicio que él formase contrastando los testimonios de conciencia, si coincidían con los suyos. Me respondió el buen señor pidiéndome perdón casi de rodillas y no perdonándose él su ligereza. «Lo había oído» y eso era todo.»

«Algunas veces, pensando en los fines de la murmuración, cuando la calumnia o la impostura no se aproximan siquiera a esa verdad íntima que nos acusa a nosotros mismos por nuestra conciencia, he llegado a preguntarme de dónde y por qué habrán salido esas especies. Y he llegado a deducir esta hipótesis como más verosímil: De mi pueblo y por personas a quienes interesara desacreditarme. Porque esas especies salieron cuando yo

publiqué *La sangre de la raza* y *La ciénaga*. Bien sabe Dios que las escribí sin propósito determinado de mortificar a nadie y sí sólo con el de pintar un ambiente social de aquella época. Varios que se creyeron aludidos o en quienes la mala intención ajena personificó aquellos vicios políticos y sociales, no me lo perdonaron nunca. Y la manera de negar efectos a su sambenito era desprestigiar al escritor que se los puso. No se podían meter con el escritor y se metían con el hombre. «¿Qué autoridad puede tener un perdis que juega, dilapida lo que tiene y no paga sus deudas?» Si no llegaron a decir, que todo está en lo posible, que yo escribí eso en venganza de que les pedí algo y no me lo dieron. Y así creo yo que se formó la bola de nieve: con conmi-seraciones oficiosas e hipócritas cuando me vieron en situación económica apurada y con justificaciones perversas y dañinas para esa situación, ya que el rencor o la animadversión no les permitía enjuiciar noblemente y con caridad.»

«Y sin embargo, querido Manolo, yo no pedí nunca un céntimo a mis amigos para lucrarme de ellos. Preferí siempre pedir a los usureros y prestamistas de oficio e ir dejando en sus garras lo que hubiese que dejar antes que valerme de indignidades. Bastantes años viví ahí en Badajoz y tú me trataste; ¿sabes tú de alguien a quien yo pidiera nada o haya debido para no pagar? Precisamente en las cuestiones de dinero he querido siempre ser puntilloso. ¿Recuerdas cuando me tocaron las diez mil pesetas en la lotería? Pues D. X, que fué el lotero que me trajo los décimos de A..., se le ocurrió luego decir, cuando tocó, que yo le había prometido una participación en dichos décimos. No tenía yo ni siquiera noción de tal cosa, ni sabía a qué título podía venir dar participaciones «verbales» a un lotero que me vendía los décimos y los cobraba; pero bastó que alguien supusiera que podía ser verdad y que por no haber dado recibo pudiera aprovecharme de ello, para que yo pusiera ante su honor la decisión de todo. ¡Y se llevó mil quinientas pesetas! Te digo esto, porque si en cosas que podía rehuir legalmente yo velaba por la responsabilidad de mi nombre, ¿cómo iba a rehuirla en las ocasiones de más, en que siempre he tenido bienes para responder de las deudas? Porque, gracias a Dios, siempre hemos tenido en mi casa bienes raíces que, aunque modestos, hayan

podido responder con exceso a lo que debiéramos. Pagar las deudas con apuros y sin holgura será siempre una desgracia y eso nos ha ocurrido a lo más: apurarnos y vender para pagar; pero no pagar, eso no lo hemos hecho nunca y cualquiera comprenderá que hubieran sido tontos los que pudiendo cobrar no cobrarán, teniendo bienes los deudores para su pago.»

«Es más, te voy a referir un detalle que saben muy pocos. En la época de mis mayores apuros económicos, pues los he tenido y muy grandes para nuestros modestos medios de fortuna, A. G., que disponía entonces de elementos holgados, me ofreció generosamente su auxilio. Lo rehusé discretamente y él me lo recuerda en sus cartas para decir que me admira. Y es que muy pocos saben cuánto de abnegación callada ha puesto la vida en mi hogar.»

«Mi cruz, amigo mío, no han sido nunca los excesos, sin que me exima de posibles flaquezas, sino mi numerosísima familia, los malos partos de mi mujer y el descabellado negocio de imprenta en que me metí en mal hora. Por todo ello contrajimos deudas e hipotecas, que hemos ido pagando como se ha podido, y ya supondrás que siempre sin desahogo, pero pagando siempre, aun deshaciéndonos de nuestros bienes. Una carga de once hijos que llegamos a juntar, más dos sobrinas huérfanas que recogimos, pesa demasiado en un hogar modesto cuando no hay más trabajo que el del padre; y si encima agravan ese peso deudas heredadas, enfermedades y malos negocios, necesariamente habían de resentirse en su solidez siete fanegas de tierra de secano, una casa y esta finquita de Ortiga, que son los únicos bienes que hemos conocido y nos han conocido todos. Pues ese es todo el capital que, según mis detractores, hemos dilapidado: ¡¡siete fanegas de tierra y una casa que ya la cogimos con ras-tras de atrás familiares!! Es decir, que hemos ido saliendo de todo y salvando Ortiga, que era lo principal.»

«De juego ya te dije que hubo una época de unos meses en que yo iba de soltero ahí en Badajoz al Círculo Conservador y probaba la tentación de la bolita diabólica en la ruleta. ¿Pero qué recursos podía yo exponer entonces que no fueran mínimos, si no los tenía? Fué por unos meses, antes de casarme, y cuando ya las ocho mil quinientas pesetas que cobré de la lotería se

habían empleado en deudas paternas y en arreglar la vivienda de mis padres. Me casé y me fuí de Badajoz al pueblo. Allí jugaba al tute, al julepe, al tresillo, como todos, y sólo por excepción, cuando llegaban de feria en feria los que llamábamos «los señores» (los banqueros), picaba, como todos, en el juego de azar. Aquello acabó para siempre, aun antes de meterme yo en negocios, como acaba todo lo trivial e intrascendente en la vida. Y hace cerca de treinta años que no sé lo que es un juego ni de entretenimiento.»

«De bebida no me reconocí nunca ni como aficionado. Y no por virtud, sino porque no encajó nunca en mis apetencias. Tomar una cerveza es martirizarme, porque no me gusta, y de vinos y alcoholes nunca me sentí devoto, porque me sentaron mal. Si me hubieran gustado, no sé, porque ya te digo que esa virtud de ser abstemio no es en mí meritoria; pero sea por lo que sea, ni de soltero ni de casado me habrá visto nadie, no digo beber, sino ni siquiera copear. Ni copeo, ni cerveceo, ni aperitiviteo, si vale la palabreja, corrieron nunca conmigo. Los licorres duran en mi casa años, y ni aun en las comidas se usa habitualmente otro líquido que el agua clara.»

«De mujeres, yo estoy como tú, más allá del amor y de la vida. Pero es que ni aun de soltero—y tú lo sabes—me dió nunca por mujeriego. Conocí a mi mujer, austera y modelo de esposa, y ni criadas ni domésticas, ni aventuras extrañas contaron nunca para mí. No conocí más novia que la que es hoy mi mujer. Esto me recuerda que G.—y te lo digo porque sé que lo cuenta a sus amigos siempre que habla de mí—trae a colación con frecuencia y me repite en sus cartas, que no pudo conseguir de mí que visitara con él el barrio chino de Barcelona. Me cree virtuoso por eso, como me lo creen otros, porque nunca di a mis hijos el mal ejemplo de salir de casa después de cenar ni de trasnochar una sola vez en mi vida de casado. A esto yo no lo llamo virtud, sino propia estimación.»

«¿Quiere decir todo lo enumerado que yo sea un santo? ¡Qué más quisiera! Antes al contrario, tengo muchos pecados, y en descargo de ellos acepto hasta los dolores inmerecidos que hayan podido echarme la injuria y la injusticia, perdonando a los que me ofendan para que Dios me perdone. No sé si será ya

efecto de los años, que, como te decía antes, nos van acercando a la cumbre de la serenidad, pero sobre todo, al mal que hayan podido hacerme quiero poner mi generosidad. Yo sé que me han murmurado, que me han calumniado, que muy pocos me han comprendido, que se han cebado en mis apuros económicos para sacar carnaza y echarla a las fieras. Perdono a todos y pido a Dios que los perdone.»

«¡Cuántos detalles íntimos e inéditos te pudiera yo dar de mi vivir, amigo Manolo; a veces me da la tentación de escribir la historia de mis libros para mis hijos, con el propósito de dejarles unas memorias íntimas de mi vida y actuando más de fiscal que de abogado para mis defectos, y aun ellos mismos conocerían por primera vez entonces cuánto de abnegación y sacrificio ha tenido que poner mi heroica compañera ante las incomprensiones con que nos ha azotado la malquerencia y contra la fatalidad, que se cebaba trayendo golpe tras golpe, fracaso tras fracaso. De esto tampoco mis hijos saben apenas nada, porque hemos procurado ocultarles las penas y sacarlos a pulso sin que se sintieran infortunados, y este ha sido, después de todo, nuestro orgullo, que ni aun en las épocas más precarias han conocido la falta de pan ni de cierto huelgo decoroso para sus necesidades.»

«Así que mi gran pecado, amigo mío, ha sido el no haber podido echar coche y el haber tenido que vender siete fanegas de tierra y una casa para poder hacer frente a tantos contratiempos. Si me hubieran compadecido, hubiese dado las gracias a la buena voluntad; pero ello me ha servido, en la generalidad de los casos, para arrojar puñados de cieno a mis propias dificultades, agravándolas por eso mismo. Los acreedores se volvían así más crueles, más desconfiados, más exigentes. Aun personas en las que yo llegué a suponer otra alteza de miras y sentimientos comprensivos y cristianos se descubrieron como pequeñitas, llenas de miseria y de ruindad. Me agobiaban, me vejaban, me humillaban, descubrían su carácter de Pantalones, ansiosos sólo de «su dinero y su dinero.»»

«A todos hemos ido, sin embargo, satisfaciendo. Todas las reatas vinieron por lo de la malhadada imprenta y aún todavía quedan dos de entonces, aunque pueda decir ya que no constituyen para mí preocupación alguna, pues puedo ya solventarlas

con holgura, como se solventarán cualquier día. No tienen tampoco importancia, ni por su volumen ni por sus plazos, puesto que hace tiempo vienen en silencio. Y fuera de eso, que ya te digo no constituye ya agobio y está en cartera para liquidarse, no debo nada a nadie. Pienso desenvolverme holgadamente y quedar en paz, y hoy más bien me deben que debo y mi balance, aunque modesto, es activo.»

«Pero mira, te voy a dar algún detalle, ya que te dijeron que yo rehuía pagar mis deudas. En toda mi vida he tenido sólo dos ocasiones en que me he visto en Juzgados o a punto de verme. Una fué de soltero, cuando yo tenía mis buenos diecinueve años, y pensando que todo el mundo era orégano y el orégano poesía, mandé imprimir desde Campanario a la imprenta de los hermanos Uceda, de esa, mi libro *Tristezas*. No se vendieron ni diez ejemplares. Fuí a Badajoz de redactor al *Noticiero Extremeño* y llegó la hora de pagar la imprenta. Y yo, que pude eximirme, por irresponsable, como menor, e insolvente por todos lados, cogía mensualmente mis cinco duritos de la paga y liquidé mi deuda. Los mismos Uceda, cuando liquidé con ellos, se hicieron cruces, porque habían desistido del Juzgado en vista de que no iban a poder cobrar.»

«La otra vez fué ya de casado. Desempeñé un poco de tiempo la Secretaría del Juzgado y, como a mí no me gustaba el balduque, tenía un suplente que participaba de los ingresos por llevarme el trabajo. Me fuí una temporada al campo. Él cobró todo y a cuenta de mi parte me endosó una cerda. Quedamos luego a mal; él se quedó de propietario en el Juzgado y cometió la incorrección de pedirme el importe de su cochina. Repuse, como era natural, que hiciese la liquidación de mis haberes para ver quién debía a quién y, valiéndose de su cargo, me demandó. El fallo del Juez fué que se pagase la cochina, pero que me hiciese la liquidación. Yo pagué mi cochina, pero la liquidación se fué con él al otro mundo con mi olvido y con mi perdón.»

«Bien recientemente, en 1939, representando yo en Cáceres al *Hoy*, los vendedores del periódico, aprovechando una ausencia mía de tres meses a Sevilla, pues me llamaron para la *Historia de la Cruzada*, hicieron un pasivo por periódicos vendidos y no pagados de cerca de tres mil pesetas. El responsable era yo. Se

consultó el caso a la Edictorial de Madrid. Allí, según me comunicó Campillo, el parecer era condonar la deuda, puesto que iba a recaer sobre mí. Pero yo no lo consentí y arbitré el medio de saldarla con mi colaboración, cobrando sólo la mitad de los artículos.»

«Te digo esto para que comprendas que si yo en las deudas de que hubiera podido eximirme no lo he hecho, ¿cómo iba a eximirme para no pagar de las que respondía con responsabilidad de bienes? ¿Pero qué más, si hasta han llegado a achacarme el defecto de holgazán? ¡A mí, que si algo de bueno tuve en mi vida fué el de ser siempre un gran trabajador! Quince años estudiando, quince dirigiendo periódicos, y cuando no he hecho esto, dos años en el Juzgado y cuatro en la *Historia de la Cruzada*. Total, treinta y seis años de profesiones activas. ¿Qué tiempo habrá podido quedarme para holgar desde que nací y para haber escrito encima trece novelas y publicado más de dos mil cuentos y estampas—hablo sólo de lo firmado—, que suponen cerca de treinta mil cuartillas? Pues así se escribe la historia.»

«Menos mal que de todos nuestros naufragios económicos hemos sacado a flote esta finquita de Ortiga, lo que constituye para nosotros cierta tranquilidad, ya que, bien llevada, mis hijos tendrán con ella, aunque fallen todas mis novelas, su pan modesto, pero seguro. Ellos son humildes y no echarán de menos lujos ni vanidades superfluas, pero tampoco su independencia modestísima, pero apacible.»

«En fin y para que tú mismo puedas alcanzar la verdad de las difamaciones. En mi pueblo me conocerán más que en ninguna otra parte, puesto que allí es donde he tenido todas mis desventuras económicas, ya que fuera de él viví siempre con suficientes recursos. Pues bien, ¿a un ser que haya sido indigno por su falta de moralidad privada, se le dedica en vida una calle de las cuatro más céntricas? Pues desde antes de la República, y aun con la República misma, que respetó este homenaje, pudo leerse mi nombre dado a la calle en que nací. Y sin que yo haya tomado arte ni parte en tales vanidades, enterándome sólo cuando lo leí por primera vez en un viaje al pueblo.»

«Y basta ya de hablarte de mí mismo, queriendo salvar a la

vez los escollos de la propia sobreestimación por el peligro de poder caer, sin darme cuenta, en la personal alabanza. A esa señora, cuyo nombre ignorado quisiera incorporar a mi estimación, ofrécele de mi parte todos mis respetos y suplicala en mi nombre que si alguna otra vez oye difamarme, guarde silencio piadoso para la envidia y olvide los motivos que sepa pueden vindicarme. Yo creo, y esta es la tesis que sostengo en mi novela *Mirta*, si es que puede desprenderse alguna tesis de esa novela, que la virtud, para que no sea interesada e inmeritoria, ha de hacerse callada y recóndita, y que sufrir la injuria y la asechanza puede ser hasta un signo de predilección divina. La merced de Dios nos llega unas veces con gotitas de miel. Otras veces nos puede llegar con sales de lágrimas. Y una corona de espina, aunque sea dolorosa, es siempre atributo de realeza, y desprenderse de ese atributo por vanidades y consideraciones humanas es perder en cierto modo la majestad. A los amigos, sí, a los amigos que nos quieren y por el corazón exigen nuestros merecimientos, debemos la verdad de nuestro honor. ¿Pero a los demás, qué? ¿Qué quitan ni ponen en la paz, cuando es la de la conciencia? Así que si oye decir que pequé en alguna época de mi vida, que calle piadosamente, aunque conozca la desproporción entre la verdad y sus efectos, ya que, aquilatando las cosas, yo no fuí puro, y aunque ahora deseara haberlo sido, y debo tomar en pertinencia lo que por lo de verdad merecí y lo que por impostura sobrecargó la maledicencia. ¿Que dicen que he debido y no pude desenvolverme holgadamente en mis deudas? Que calle también. Pagar con apuros no es ningún deshonor, sino harta desgracia. Poder pagar y no querer será la indignidad y de eso no nos remordió nunca la conciencia. ¿Que dicen que dilapidamos un capital y nos arruinamos? Si fué en malos negocios, en desventuras domésticas, en sacar adelante a tantos seres queridos y no en vicios ni en actos abominables, infortunio será también o mala suerte, pero que sobre la hipérbole, la desfiguración de la verdad, la incomprensión y la vileza, calle también por la parte que yo acepto en lo que pude pecar por acción u omisión, ya que debí tener más inteligencia, más capacidad y menos lirismos y buena fe para empresas y para negocios.»

«Bueno, amigo Manolo, lo mío se acabó. Ahora vamos con lo tuyo. No me extraña que a ti también la vida te haya dado sus lecciones y hecho desgarraduras. Sin que hayan bastado a evitarlas tu modestia, tu sencillez y tu espíritu naturalmente bueno. Ya me contarás, como prometes. Pero eso que tú llamas tus galeras, tu trabajo a los 66 años, es precisamente tu ejecutoria de nobleza moral y de apacibles virtudes. No adulaste a nadie, ni hiciste servil tu poesía ni la pusiste de botafumeiro a las vanidades llamativas. ¿Qué iban a hacer contigo sino ignorarte? ¿Pero y tu camino recto, no vale nada? Te ignoran ahora los talentos oficiales, pero ellos pasarán y tú quedarás en el recuerdo y en el corazón de los que experimentaron con tus versos la emoción de tu auténtica poesía pura. Otras generaciones apreciarán más esas tus piedras preciosas montadas en modestia y en sencillez, que esos boros de ahora engarzados en monturas aparatosas. Si yo me decido un día a hacer mis memorias para mis hijos, ¡qué página te debo cuando recuerde el contraste de tantos genios de pacotilla encaramados en la altura, comparándolos con tu vida laboriosa de gusano de seda que se encierra en su propia vestidura!»

«Sigue tu camino. Al fin y al cabo no se podrá hablar de poetas extremeños sin evocar tu nombre, que es señero hasta por el apellido. Y con que cualquier mujer buena hile al rumor de tus versos un ensueño puro, te verás más pagado que con los homenajes pomposos de que se pagan otros. De Juez siempre tuve un alto concepto como artista fino y estilizado. No me extraña que le den de lado los ilustres besugos, que suenan, por su propia vanidad, como las campanas. Y no me sorprendería que recurrieran a las insidias personales para decir: «¿Ven ustedes? ¡Si no tenía talento!» En pocos días que estuve ahí en Badajoz el año pasado, ¡qué de murmuraciones oí! ¡Qué manera de morderse, qué crueldad en recontarse los defectos unos a otros! El arte y la literatura profesionales, créete que, vistos de cerca y en sus personificaciones, más bien parecen un hampa intelectual con que los Rinconetes y Cortadillos forman lo mejor de los pícaros. De López Prudencio me da pena. Yo lo estimo y me entristece que a sus años no haya encontrado un remanso apacible y seguro para su descanso. Fuera de él y de pocos más

que hayan acreditado un valor, ¡qué nombres, qué representaciones, y cuánto intruso e indocumentado!

«Leí el artículo de Andrés Revezs dedicado a Asunción Delgado. Más hablaba de sí mismo que de la poetisa. «¡Arriba, que yo te empujo o yo te subo!» Y se habrá quedado tan fresco. He leído algún anuncio de sus novelas. Se llama a sí mismo, o por lo menos consiente que se lo digan, «el autor favorito de las mujeres» Vamos, un Rodolfo Valentino de la novela. Nos pueden, nos pueden, amigo Manolo, y lo que es peor que nos resignamos a estas farsas cónicas y pintorescas.»

«Te iba a hablar de muchas cosas más, pero estoy abusando hasta de mi pulso y quiero reservar algo a un asunto muy confidencial y muy desagradable. Sólo a ti me atrevo a comunicártelo, porque sé que tu discreción no necesita avisos. Se trata de lo siguiente: La casa X me debe seis mil ochocientos sesenta y dos pesetas, provenientes de la venta y edición de mis libros. Me reconoció este crédito el año pasado. Quedó conmigo en pagarme unas cantidades mensuales; pasaron meses y nada. Llevado entonces de mis impulsos generosos, yo mismo rebajé la cuota mensual que había de pagar. Imagínate: cinco o seis años. Quedaron conformes y agradecidos, pero pasa enero y los meses subsiguientes y no me envían nada. Yo tengo hijos y muchos gastos y esas pesetas mensuales, aunque no resuelven ningún problema esencial, tapan su hoyo y entran a formar parte en los cálculos caseros. Y la verdad, aunque quiero guardar todo género de consideraciones, no puedo dejar indefinidamente así esas pesetas, además de otras mil y pico que tiene en libros de las ediciones que me hizo. No soy rico para poder condonar créditos y olvidarlos, ya que yo pago y no olvido los míos.»

«Ve ahí otra de mis facetas: cobrar mis propias cuentas tan desidiosamente.»

«P... se me llevó también doce mil y pico de pesetas. Y yo en tanto trabajando a pulso y vendiendo tierras para pagar lo mío. R. A. se llevó también al sepulcro dos mil y pico. Y así se escribe la historia de mis cuentas. Seguramente nadie sabe, en cambio, que a mí me han debido y deben.»

«Te envío las novelas que te faltan entre las que tengo aquí. *Lo que la arena grabó* y *Luces de cristal*. ¡Cuánto ansío que se

publique *Mirta*, que, en opinión de todos, es la mejor de las mías! En días pasados escribí a mis editores, proponiéndoles que, en vez de alternar lo inédito con reediciones de las antiguas, publicasen con preferencia *Mirta* y *La llama colorada*, por verlas cuanto antes. No sé qué decidirán. Llevan ahora todo despacio. Esas dos novelas que te envió se venden bastante bien. Pero esta guerra ha frustrado todos los proyectos de expansión que tenía HYMSA para América y Filipinas. ¿Cuándo acabará esta hecatombe humana?»

«No pierdo la esperanza de que charlemos cualquier día ahí en Badajoz. ¿Y tú, no vas nunca por Madrid? Quedo en tanto comprometida, hasta que nos veamos, esta correspondencia nuestra, que yo deseo la hagas frecuente. Saluda a Elena. Recibid ambos de Elisa y de mis hijos los mejores votos por vuestra salud y tú un abrazo de tu siempre amigo.—Antonio Reyes Huertas.»

CAPÍTULO IV

O t r a s c a r t a s

Campo del Ortiga (Campanario), 2 febrero 1944.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Mi querido amigo: Hasta este campo donde paso gran parte del año, pues achaques de salud, que no es muy buena, y la índole de mi trabajo, me lo hacen más apetecible que Madrid, sobre todo en los inviernos, me llega tu carta, sin fecha, que recibí ayer por recadero de Campanario.

Sugestiva es la noticia de mi medallón radiado y más sabiendo que ha de ser hecho por tí, cuyo talento, admirable por la modestia que guarda, si no lo fuera por su valor, saldría siempre mejorado para el caso mío con tu nativa bondad y el afecto invariable que nos profesamos, a pesar de los silencios. Lamento, en primer lugar, no poder utilizar radio en el campo, donde tanto la echamos de menos, y en segundo lugar, no poder desplazarme al pueblo para tener el gusto de oírte. Pero llevo una temporada fastidiado con trastornos intestinales, a causa de la dentadura, que está en arreglo; guardo ahora reposo casi absoluto y régimen especial; tendría que hacer noche en el pueblo, caminando en burro, pues no hay otro medio ahora, 12 kilómetros. Sin embargo, mis hijas, que van todos los domingos—y con ello disfrutan—, estarán atentas y me contarán lo que te oigan.

Efectivamente estoy en deuda contigo, aunque no de afecto. Este permanece imborrable e íntimo a través del tiempo y casi estoy por

decirte que más acendrado cada día, pues aquellos recuerdos de nuestra convivencia en Badajoz son de los que dejan hondo surco en el alma, porque son buenos y porque entre nosotros no se dió nunca ese fenómeno corriente entre los profesionales de murmurarse, envidiarse y roerse. Tu alma, que fué siempre la de un poeta puro, no supo dar más que bondades y nobles efusiones. Estuve en Badajoz dos o tres días, pregunté por ti y no sé si fué Vaca quien me dijo que vivías en la Estación. De haber sabido que seguías en la relojería, no me hubiese privado del gusto de darte un abrazo. Me lo prometo para la primera ocasión en que vuelva, que creo será, si Dios me lo permite, en el próximo mayo, de regreso de Cáceres, a donde iré a dar un vistazo a los nietos. ¡Ya soy abuelo por dos veces, amigo mío, y espero la inminencia de la tercera! Me prometo también enviarte un ejemplar de cada uno de mis libros, tan pronto me haga de repuesto de ellos, pues mis editores sólo me dan 25 ejemplares de cada uno y hasta mis hijos los están esperando para su colección.

Mis triunfos, que tú dices, son sólo bondades de los amigos, que me tratan bien. Dios se lo pague. Y del público, que me da muestras de su generosidad, especialmente nuestros paisanos. Y más que nada cierta asistencia providencial que yo veo presente en mi vida. Merced a ella firmé un contrato de exclusiva por quince años con la Editorial Hyma; ella reedita mis novelas antiguas y publica las inéditas, y por ello recibo una cantidad mensual y una participación en las ventas, que me permiten vivir con independencia y si no con lujo, sí sin necesidades. Ya sabes tú que todo sobra para el que quiere ser humilde. Y aquí me recluyo en esta finquita de Ortiga a hacer novelas y servir algún que otro artículo de colaboración. Lo viejo creo que lo conocerás todo. Nuevo hice «Lo que la arena grabó», «Luces de cristal», «La llama colorada» y «Mirta». Las dos primeras se publicaron ya con bastante éxito; estoy esperando de un mes a otro «La llama colorada», que está en prensa, y no sé cuándo aparecerá «Mirta», novela en la que he cifrado alguna predilección. De todas formas, yo te iré enviando todas las que aparezcan, incluso las reeditadas, para que te hagas de la colección completa.

¿Y tú, has publicado algo? Desde hace tiempo vivo casi sin noticias directas de Badajoz, fuera de lo que diera cuenta el «Hoy», que, bien en Cáceres o en Madrid, leía de prisa por mi brega constante y moliente. De diez años acá estoy casi en ayunas del movimiento litera-

rio en Extremadura, y ahora que paso por aquí grandes temporadas voy reanudando amistades y conocimientos.

Quedamos, pues, en que correspondo a tu afectuoso recuerdo con el antiguo e inmutable mío; que me gustaría ver, si haces diseños escritos de tus medallones, lo que hayas radiado; que te daré un abrazo cuando vaya a Badajoz, y que, por si se retrasara más de lo que yo quisiera, te envío esta postal, como anticipo y como muestra del viejo afecto de tu siempre amigo,

Antonio Reyes Huertas.

Saluda a tu esposa.

Madrid, 18 noviembre 1944.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Querido Manolo: He leído y releído tu última carta en que me transmite la impresión de lectura de «La llama colorada» con la fruición de saborear en ella el verdadero afecto de tu corazón, sano como el de un niño e impresionable y emotivo como el del gran poeta que llevas dentro. Dios te pague esa generosidad de motivos que me das para lo que pudiéramos llamar gratitud de autor a lector.

Posteriormente he leído también la crítica que le ha hecho en el «Hoy», López Prudencio. En el fondo, tú con citas y él de un modo más genérico, veo que coincidís. Me place, porque tu opinión ya para mí era muy valiosa, pues íntimamente tú y yo hemos coincidido en los mismos pasajes que yo, como autor, tenía para mí como queridos, y eso indicaba que, o tú tenías una intuición certera de seguridad artística, que es con lo que yo refundo el valor de la crítica de cualquiera, o yo la tuve para suponer que esas cosas podían encajar en espíritus como el tuyo.

No quiero privarte, como uno de mis amigos de verdad, del privilegio efectivo de que seas uno de los contados que conozcan las primicias de «Mirta» en su propia salsa original. Se la envié en días pasados en la copia que tengo a Manzano Gariás, actual párroco de Los Santos, amigo y camarada desde los tiempos del Seminario y hombre de mucho valer y de pluma muy brillante y galana, que

quiere hacer un estudio de mis últimas novelas para el «Hoy». Tiene el encargo de enviarla cuando la lea a Marcos Suárez, y a éste, cuando la tenga en su poder, avisaré te la envíe a ti y tú te encargarás luego de devolmémela certificada a Madrid o al campo, según para entonces esté y de lo que ya tendrás advertencia mía. Te lo prometí si había oportunidad y creo que ésta es una.

Antes de que se me olvide: dime las novelas mías que te faltan, pues ahora desde Madrid es cuando será más fácil que pueda completarte la colección.

Y antes también de que se me olvide. Escribí a Sanz y Díaz, con quien tenía que cambiar impresiones editoriales o editorialísticas para ver dónde podría verle, pues casi nunca para en casa, y le transmití el encargo de la señora Domínguez. No pude ver a Sanz y Díaz, pues al café donde me citaba no acudió, pero me decía en su aviso: «Diga usted al poeta Manuel Monterrey que no he recibido ni carta ni esos originales de D.^a Alejandrina Domínguez. Me interesa que lo sepa.»

A propósito de escritoras. ¿Tratas a D.^a Isabel Gallardo? Es una señora buenísima, excelente folklorista extremeña y autora de saladísimos cuentos regionales, que me envía. Sostiene conmigo una correspondencia interesante por el talento de que da muestras y la bondad de su carácter. Vale mucho como escritora. Si la trataras, la estimarías. Vive en Santa Lucía, 8, 2.^o, y es una figura de medallón. Tiene ya publicados libros y ahora quiere editar una colección de sus cuentos, que son garbosos y algunos perfectamente acabados.

De la generación moderna de escritores jóvenes que tú no conozcas te doy un nombre: Pedro de Lorenzo. ¿Has oído hablar de él? Lo que he leído de él vale. Vive, según me han dicho, en Valencia de Alcántara, donde a lo que parece ejerce la abogacía. Puedes dirigirte a él tomando mi nombre. Esto de Cáceres me trae ahora a la memoria a Pedro Sánchez Ocaña, de la generación nuestra, buen escritor y autor de novelas y comedias, y Egmidio Plasencia, ya fallecido, del que conozco poco, pero que me lo ponderaron como cuentista. También me ponderan un libro moderno de V. Clemente, de tierras de Cáceres, poco conocido por ser muy íntimo. Me han prometido ese libro.

Te digo esto porque creo debes hacer algún medallón de escritores de la provincia hermana, para que tu libro tenga más denominado

y más amplitud racial. Creo que, bien enfocado, puede ser un éxito.

Por aquí aún no he visto ninguna crítica de mi obra. Gonzalo Ruiz me dijo que lo haría en el «Ya» y seguramente dará alguna nota en «Domingo» Angeles Villarta. Pero ya sabes que ni me ocupo ni me preocupo de buscar altavoces. Más me satisface que, a la chita callando, un fabricante catalán ingeniero, D. Antonio Sedó, que ha trabado amistad conmigo a través de mis libros, me diga que en los Almacenes El Siglo, de que es propietaria su señora, tienen mis novelas éxito de venta especial, y que el otro día Fernández Flórez, espontáneamente y en conversación que no podía ser interesada, pues ni siquiera me conoce, me reputara uno de los novelistas «suyos para leer», y con tantos elogios, que me daría rubor transcribirlos.

En fin, querido Manolo, mi papel se acaba y mi resistencia de hoy, pues llevo escritas seis cartas. Menudéame tus impresiones sobre lo que vayas haciendo para tu libro. Que Elena estabilice su mejoría. Salúdala y con los afectos de mi familia recibe un abrazo de tu amigo,

Antonio Reyes Huertas.

Campo del Ortiga (Campanario), 3 enero 1945.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Querido Manolo: Ando atareadísimo tras la solución de estos pequeños problemas campestres que se me plantean aquí apenas acabado de llegar: cogida de aceituna (muy poca que hay este año), transporte, declaraciones, matanza que hay que buscar, pues nos hemos retrasado, labores, etc., etc. Por eso mis noticias de hoy van en pocas líneas, casi telegráficas.

Estoy aquí desde el 26 del pasado. Te escribí pocos días antes de salir de Madrid y te enviaba un bosquejo de semblanzas, breves, sin pretensiones algunas de servir para modelo, sino de muestra para cómo yo las concebía. No sé si las habrás recibido.

A Manzano Garias pongo también hoy unas líneas para que te envíe «Mirta». Tan pronto la leas tú, envíamela certificada. La corres-

pondencia la recibo por Campanario y mis señas son: o sólo mi nombre a ese pueblo, o si quieres por añadidura poner la calle—yo siempre hago abstracción de ella, porque no suene a presunción—«Reyes Huertas, 28».

¿Cómo van tus proyectos? Escíbeme.

Me dejé en Madrid las señas de tu domicilio particular y me flaquea tanto ya la memoria, que no me acuerdo de ellas. Te digo esto por si prefieres que la correspondencia te la dirija a tu casa.

Saluda a Elena, afectos de mi familia y un abrazo de tu amigo,

Antonio Reyes Huertas.

Campo del Ortiga, 21 enero 1945.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Querido Manolo: Me disponía a acusarte recibo de dos cartas tuyas que he recibido aquí, cuando me llega tu última, la del 18, con el desbordamiento de tu bondad y tu afecto para mi novela «Mirta». Me has conmovido y de todo corazón te agradezco esa impresión que me comunicas y que me sirve de estimulante, pero tus juicios tienen para mí gran valor, como de espíritu no sólo lleno de intuiciones por un don poético, sino trabajado también por los libros y por la vida.

No dejó de preocuparme lo que me contabas en tu anterior sobre la salud de Elena. Sin haberme escrito, asociaba yo el recuerdo de tu hogar al de otro amigo de Cáceres, cuya esposa experimenta, como la tuya y todos los enfermos del corazón, las influencias perjudiciales de las bajas temperaturas. Y pensaba que pudieras preocuparte por algún recrudecimiento de la enfermedad de Elena, motivado por estos grandes fríos que hemos soportado. Pero parece que la cosa se resuelve satisfactoriamente y yo celebraré que el achuchón haya quedado sólo en tus motivos de alarma y solicitudes, que es desear en estos casos lo mejor. El buen tiempo que por ley natural se espera, entonará ese organismo y tú tendrás más tranquilidad y respiro para ultimar tus «Medallones».

El de Enrique Montánchez me gustó mucho y el de D.^a Isabel Ga-

llardo lo reputo acabado. Qué mujer más noble y más interesante. ¿Verdad? Celebro que hayáis simpatizado, como almas que tenéis muchos puntos de contacto en la comunión lírica y en la «salud» espiritual. He de transmitirle la impresión que me das de tu visita, seguro que ha de agradecerlo.

Yo terminé mis pequeñas labores campesinas. Un año, por aquí, malísimo de aceituna. Ahora intensifico la colaboración para periódicos y revistas, aunque no creo que por mucho tiempo, pues la labor de terminar novelas, que están aún en el telar y que ya instan de Barcelona, me reclamará desde febrero hasta que remate definitivamente siquiera un par de ellas. ¡Qué carga ya cuando va uno sintiéndose viejo!

No dejes de irme comunicando impresiones de tu libro. Que la salud de Elena mejore tanto como deseamos aquí todos y recibe tú un abrazo de tu invariable amigo,

Antonio Reyes Huertas.

Campo del Ortiga, 26 enero 1945.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Querido Manolo: He recibido tu carta del 22 y la copia de la novela «Mirta», lo que te comunico para tu tranquilidad.

Vuelvo a satisfacerme con tu juicio definitivo sobre mi novela. Y me satisface tu opinión por una rara coincidencia de apreciaciones en marcar resaltes o salientes de la novela. Tú sabes como yo que, cuando escribimos, nos formamos nosotros mismos idea de aquello en que creemos hemos acertado y nos agrada más íntimamente. Pues bien, ¿qué especie de identidad artística o de percepción estética nos ha llevado a coincidir en señalar pasajes, tú explícitamente, y yo con mi sola intuición de creer que habían de agradar?

Excuso decirte por eso mismo cuánto vale para mí tu juicio como orientador y piedra de contraste. Y cuánto me ha satisfecho, además, por lo que revela de tu intimidad como poseedora de un rico caudal de sentimientos puros y limpios. Aquí la frase gracianesca de lo

bueno breve que yo aplico transformada a tus cualidades «si poeta bueno, dos veces buen poeta». Eres el tipo del hombre naturalmente «sano», lo que infunde en tu personalidad un raro valor que no es corriente entre hombres de pluma. Y ya comprenderás que me refiero a tu salud espiritual, a esa virtud de conformación nativa del alma para aparecer siempre hermosa y dar destellos de su sencilla verdad.

¿Cómo van esos medallones? Tengo gana ya de verlos en el volumen esperado. De Suárez Murillo no sé. Le debo yo carta, que sale hoy también para Almendralejo.

Dejo esta carta aquí, porque vienen a llamarme. Incumbencias. Que siga mejorando Elena. Un abrazo.

Antonio Reyes Huertas.

Campo del Ortiga, 14 febrero 1945.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Querido Manolo:

.....

¿Te has enterado de la nueva publicación que ahora sale, «Fantasía»? ¿Por qué no mandas a ella una colección de tus versos? Creo que lo pagan bien y no te estorbaría quitar unos pocos de humos a muchos fatuos. Yo publico en ese primer número, que si no ha salido estará al salir, un cuento de lobos. La publicación pertenece, como «El Español» y «La Estafeta Literaria», a la Delegación Nacional de Prensa. También colaboro en ellas de vez en cuando. Con eso, con «Estrella del Mar», «Gaceta del Norte» y «Hoy», uno las pausas novelesísticas y hago esos juegucillos necesarios.

«Mirta» sigo esperando su impresión. Me dicen últimamente que las restricciones de flúido eléctrico en Barcelona tienen a las imprentas reducidas a un mínimo de trabajo. Así que esperar hasta que Dios quiera. No sé si te dije que se imprimió mi biografía de Valdivia para la colección «Vidas» de la Editorial Atlas. Espero los primeros ejemplares para remitirte el que te reservo.

Esas escenas del seminario están en mi novela «Lo que está en el

corazón». Pero aunque quisiera remitirte un ejemplar, no podría, pues carezco de uno propio para mí y habrá que buscar por ahí quién lo tenga para la reimpresión. Lo mismo me ocurre con las demás que te faltan. El Gobierno rojo se incautó de los libros de ciertos autores, tocándome a mí ser uno de ellos, y cuantos ejemplares había en Madrid los convirtió en pasta-papel. Salváronse del auto los que editó Arqueros: «Sangre de la raza» y «La Colorina», que tú ya tienes y están reimpresos. Tendrás, pues, que aguardar a que haga nuevas ediciones de las agotadas a la fuerza.....

¡Ah! Cualquiera día de estos tendré que cumplir ineludiblemente el compromiso adquirido con un P. Franciscano de Cáceres, poeta, que ha publicado un libro y a quien prometí unas líneas en «Hoy». Mi propósito principal es aprovechar la ocasión para hablar de poetas extremeños, y excuso decirte que es mi cariño y mi devoción por tus versos lo que me inspiró esta salida. No sé lo que diré de ti del hombre y del poeta. En fin, que no te sorprenda.

Y con los votos de todos por que esa salud de Elena siga «en crescendo», recibe tú un abrazo de tu amigo,

Antonio Reyes Huertas.

Campo del Ortiga, 25 febrero 1945.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Querido Manolo: Como en tu última carta me decías que escribirías además el domingo, esperé esta que me anunciabas, y que no ha llegado, para contestarte. Da igual si sigues bien y Elena continúa mejorando.

Recibí el libro de Antonio Juez, que he hojeado ligeramente. Estoy ahora hasta los topes de trabajo y he de leerlo más despacio. Tiene cosas muy bonitas. Me ocuparé de él lo antes que pueda y así se lo digo también a Juez, a quien acuso recibo del libro. Me viene bien para mis fines, pues en el artículo principalmente dedicado a él, despacharé otras citas de poetas extremeños con quienes estoy en deuda.

Lo que no sé es cuando saldrá. Estoy, como te digo, en estos días

sobrecargado de cosas. Por si fuera poco, me cita un señor de Madrid para asuntos de mis novelas, supongo que para cine o cosa de adaptaciones, y habré de acudir a Villanueva combinando el llamamiento de mi hijo, que es quinto con prórroga, y por cuyo destino en Farmacia en Madrid andamos empeñados. He de salir también a las bodas de oro sacerdotales del párroco de San Mateo, de Cáceres, gran amigo, y ando con albañiles, arreglo de gallinero, etc., y no tengo un rato libre. Sin embargo, haré lo más pronto que pueda lo de Juez. Lo merece. Y con indicación tuya, obligado por añadidura.

Hoy mismo va artículo para el «Hoy». Pero lo tenía ya hecho y no quiero dejar pasar la oportunidad que le da actualidad. Es una cosita de Valdivia. De todas formas, creo que para el 4 o el 5 de marzo me descongestionaré de lo que me es inaplazable y podré escribir ese artículo a Juez.

Afectos de los de mi casa y un abrazo de tu amigo,

Antonio Reyes Huertas.

Ortiga, 7 abril 1945.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Querido Manolo: Ya me tienes de nuevo en el campo y siguiendo tus consejos, esto es: comiendo bien—tengo apetito—y venteándome y soleándome todo lo que puedo. Lo que no me es posible es dar paz a la pluma, pues me llueven ahora encargos, todos urgentes y en fecha señalada, y, la verdad, no puedo dejar de estirar estas chapuzas, que son las 500 o 600 pesetas que vienen estupendamente a primeros de mes. Así que cuando te escribo ésta, ya he doblado un cuento para «Lectoras Españolas».

.....

.....

Yo también quedé un poco decepcionado con lo que pagan en el cine. Pero he visto la relación auténtica y oficial de lo que pagan. Yo hubiera podido sacar hasta 60.000 pesetas; pero he preferido la moda-

lidad de recibir menos y llevar participación. Fernando Ibero me aconsejó esto, pues dice que medio regular que pinte la película, puedo obtener treinta o cuarenta mil duros. Amén. Creo que soy el primero que contrata así. El contrato lo estoy esperando de un día a otro. Ya han rodado, según me anunciaban, algunas escenas de *Semana Santa en Guadalupe*.

Ahora esta es la novedad. Mi gente sueña con ese 10 por 100 y con los derechos de la Sociedad de Autores, que, según me dicen, dan de 25 a 30 pesetas por proyección.

Ya ves que no se puede prometer nada a base del «Hoy». Los originales se eternizan allí. Mi interés, como tu comprenderás, es por complacerte a ti. Si veo que se retarda mi artículo, escribiré de nuevo, aunque me haga cargo de que están ahogados con el papel.

Voy mejorando y cobrando fuerzas. Ya verás cómo me remozo ahora con la dentadura nueva, con la que puedo comer de todo. Menos mal que las fiebres no me han quitado el apetito, pero ¡qué achuchón más fuerte! Creo que llegué a delirar y a recitar tu soneto último como una cotorra.

Gazul me habla en su última carta de ti. Yo cambio impresiones sobre tu personalidad artística y «humana» con todos mis amigos y me complace oír que te admiran por poeta y por hombre bueno. Gazul te estima mucho en ambos sentidos. Ahora el pobre pasa una crujía de miedo. Lleva más de un mes en un Sanatorio y no sé si a estas horas le habrán operado para extirparle la próstata. Debes escribirle por lo que él te aprecia. Sus señas, si no las sabes, son: Clínica de San Rafael. Florida, 7. Sevilla.

Y aquí termino para volver a reanudar la tarea literaria. Ahora otro cuento para la revista «Doce de Octubre», anual, que edita la Junta del Pilar del Arzobispado de Zaragoza y cuyo compromiso no he podido eludir. Con esto quiero expresarte que aprovecho los huecos para escribirte. Me he acostumbrado ya al intercambio frecuente y cuando pasan días sin noticias tuyas las echo de menos.

Todos los míos corresponden a vuestros saludos. Hasta la hija de Cáceres, que llegó anteayer, trayéndome los tres nietos. Son ahora mi encanto y mi mejor entretenimiento en los ocios. Nos juntamos actualmente en la casa 19 personas a comer en la mesa y es una bendición ver cómo desaparecen los panes y disminuye la reserva de

trigo. Pero bendito sea Dios si nos da salud, que es lo que yo pido para complemento de esta entrañable compañía.

Que siga mejorando Elena. Y un abrazo de tu amigo,

Antonio Reyes Huertas.

Ortiga, 26 Abril 1945.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Querido Manolo: He recibido tus dos cartas, la del 20, que se cruzó con la mía, y la del 24, que me trajeron ayer del pueblo. Suponías que estuviera enfermo y a fin de cuentas no suponías mal, pues aunque mi anterior te la escribí en estado normal, ésta te la enderezo en la cama.

No sé qué sea esto. Después de dos sesiones terribles de arreglo de boca—las últimas, por fortuna—, cuando más animado estaba, noto que empiezo a esputar sangre. No es la primera vez en mi vida que me ocurre esto. Desde que tuve una bronconeumonía en Cáceres vengo muy resentido y mi salud tira a fuerza de remiendos y precauciones: ¿Ha tenido esto de ahora relación por traumatismo reflejo con lo de la boca? No lo sé; el caso es que con el reposo absoluto que aún guardo y en la soledad silenciosa de este reposo, mi cerebro se puebla de ideas pesimistas. Hace dos días que los esputos son normales, pero estos aldabonazos me hacen pensar en el declive de mi vida, que se acusa a cada paso.

No creo que sea cosa de importancia mayor, pues no tengo fiebre, pero tampoco para dormirse en las pajas. En fin, querido Manolo, que unas veces por una cosa y otras por otra, no me faltan preocupaciones.

No he recibido, como muestras de las estampas líricas que piensas añadir a los medallones, más que las que me incluías en tu carta del 20: «Badajoz», «Calamón», «El río». En la del 24 me dices: «te envío todas las que tengo hechas». ¿Son otras que las citadas? Pues no han llegado aún, o te las has quedado ahí. Las tres estampas que conozco me gustan mucho, sobre todo la de «Calamón», que te ha salido bor-

dada. Creo un acierto contrapesar algo la monotonía del soneto con esos romancillos líricos y evocadores, que son tu fuerte y en los que vibra mejor tu cuerda poética. En fin, yo quiero ver tu obra completa para darte mi opinión sincera e incluso proponerte sus correcciones que me parezcan debes hacer. Pero con toda sinceridad, ya que mi cariño por ti es tan fraternal que sería hacerte traición ocultar la verdadera opinión. Así el primer verso de «El río», que empieza «Es una tarde de Otoño», no me gusta. Yo pondría «Muere la tarde de Otoño». ¿Entendido? Pues vengan esas cosas y me servirán encima de solaz en este forzado descanso que me impone la flaca salud.

Otra cosa. No pienses en devolverme ninguna sobra de mi giro. Como no ha de ser el último encargo, a lo mejor tendrás tú que poner en otros de más y cuestión de céntimos más o menos no merece la pena.

.....

.....

Por fin se destapó el «Hoy» con mi artículo. No se pueden hacer juicios temerarios. ¿Quedó contento Juez? Tú nada tienes que agradecerme. Yo espero tu nuevo libro para decir todo lo que de ti pienso.

De cine no he vuelto a tener noticias directas. Sé que estuvieron en Guadalupe rodando escenas de Semana Santa y espero carta en la que me digan quiénes son los artistas, por fin.

De «Mirta» te diré que no sé qué pensar. Ahora, con motivo de estos asuntos cinematográficos, escribí a mis editores, recomendándoles la inmediata publicación de la novela, a lo que se espera para filmarla, y me envían ¡¡las pruebas de «Agua de turbión»!! ¿Serán idiotas? Me da en la nariz que hay algo de desbarajuste en sus planes editoriales.

Termino, porque, como te digo, te escribo en la cama. Saludos de todos, y para Elena además votos de mejoría. Y para ti un abrazo de tu amigo,

Antonio.

Campo del Ortiga, 15 mayo 1945.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Querido Manolo: Cuatro líneas para decirte, para tu tranquilidad, que recibí el giro por cuenta de X. y tus originales, sobre los cuales estoy. En cada medallón voy anotando lo que se me ocurre con «placet» o con lo que me parecen exigidas correcciones, como lo haría conmigo mismo. Mi impresión de conjunto es que has repujado una colección de joyas.

No tengo ahora tiempo para extenderme, pues tengo aquí a mis hermanas, que han venido de Campanario y se llevan esta carta, y aún he de escribir un artículo.

Mándame dos frascos de metabasol. Mañana o pasado recibirás el giro, que también mis hermanas quedan en ponerlo. Te envío 20 pesetas.

Sigo mejorando, hasta el punto de volver a mi destajo y haber metido mano a la novela «La casa de Arbel», que tengo que entregar enseguida para julio.

Que mejore Elena. Recuerdos de todos. Y un abrazo de tu amigo,

Antonio Reyes Huertas.

Madrid, 21 junio 1945.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Querido Manolo: Desde ayer me tienes ya aquí en Madrid y me apresuro a comunicártelo para que sepas que estoy a tus órdenes y con deseo de saber el curso de tus «Medallones». He pensado muchas veces en ello y me afirmo en la idea de que te quedará un libro bonito.

La semblanza de X. ya te dije que me parece bien (la nueva) y así mismo tu introducción poética

Cuando me escribas no te olvides de decirme si puedes hacerte ahí de una recomendación eficaz para D. Vicente Domingo Laguna, comandante de Farmacia aquí en Madrid, en la Agrupación donde sirve mi hijo Sebastián. Ese señor es de Badajoz: hijo, según me dicen, de un farmacéutico. Yo no lo conozco y necesitaría que dispensase a mi hijo de ciertos servicios por su estado de salud. Y he pensado en ti o en alguno de tus amigos para el caso. Dime lo que sea.

Ya te escribiré más despacio cuando me contestes. Sigo mejorando. Aún no he salido a la calle, pues sigo rendido del viaje.

Saluda a Elena. Afectos de todos y un abrazo de tu amigo,

Antonio Reyes Huertas.

Tu casa, Madera, 27, 3.º derecha.

Madrid, 14 de julio 1945.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Querido Manolo: Recibí tu grata última, en la que enviabas otra para la familia del comandante D. Vicente Domingo Laguna y que, tanto a ti como a tu amigo, agradezco.

.....

.....

Celebramos mucho la mejoría de Elena. Que eso no se acabe y siga «in crescendo». Yo mejoro también rápidamente, pues Madrid me sienta bien, como con apetito y no sé si será efecto de la dentadura nueva, pero el caso es que no he vuelto a sentir desde hace un mes molestias intestinales.

Ahora en estos días salió la 3.º edición de «Agua de turbión». Me disponía a mandarte un ejemplar de los que me han enviado, cuando recibo carta de mis editores diciéndome que los devuelva para su arreglo, que ha salido la edición falta de un pliego, lo que hace encuadernarla de nuevo. Aguardarás, pues, que los reciba arreglados para tener tu ejemplar.

De «Mirta» me dicen que esperan recibir una fabricación de papel

que tienen pedida, pero que, dadas las circunstancias en que esto se lleva a cabo, no pueden precisar tiempo para su edición.

De cine no sé si te dije que estuvieron hace unos días aquí en mi casa los empresarios a leerme el guión de «Luces de cristal» corregido. Ha quedado muy bonito, pero ocurre con la película virgen como con el papel, que no hay en España y no se puede rodar hasta que venga. Casi todos los estudios están parados por esto. Sin embargo, me dan la seguridad de que la veré estrenada antes de volver a Extremadura. Las 20.000 pesetas las cobré al firmar el contrato, estando aún en Ortiga.

Lo último que me envías en tu carta de «Medallones», M. S., muy bonito. Tengo impaciencia ya por ver el libro, que me imagino su primor. Respecto a mi semblanza, como quiera está bien; pero si has de reformarla más a mi gusto, que quede «más expresiva del novelista, escritor, literato, o como quieras llamarme, que es lo que importa, y menos personal». Pero te digo que como quiera está bien.

.....

Esta cuestión papel que aplaza la salida de «Mirta» hace que no haya enviado a Barcelona la última novela que hice, «La casa de Arbel». Estoy, pues, ahora casi de vago, pues fuera de la colaboración en dos o tres periódicos y revistas, y espaciada, porque la crisis papeletera alcanza a todas las publicaciones, y una novelilla que he contratado para su publicación en «Estrella del Mar» y que entregaré en octubre, mi tiempo transcurre casi en ocio, pues yo tengo que escribir cuando la necesidad o el apremio me soplan, ya que no sé preparar labor a espera.

Y nada más por hoy. Afectos de todos y un abrazo de tu amigo,

Antonio Reyes Huertas.

Madrid, 10 agosto 1945.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Querido Manolo: Con el propósito de poder enviarte con ésta un

ejemplar de «Agua de turbión», cuya remesa me habían anunciado, he demorado dos o tres días la respuesta a tu carta del 6.

.....
Por este mismo correo te envío el ejemplar de mi novela para que con él vayas completando tu colección. Como verás, en todo un año se descuelgan mis editores con esta edición, que es la tercera de una obra antigua, teniendo allí cosas inéditas. Claro que todo lo achacan a la crisis del papel, que va a ser ahora la cabeza de turco para todas las irregularidades.

Mucho me satisfacen las noticias que me das de tu libro para que lo veamos en octubre impreso, bonito e interesante. Creo que será un acontecimiento en la modorra provinciana. El soneto que me has hecho últimamente y cuya copia me envías, me gusta mucho. Muy bien y muchas gracias.

¡Cuándo querrá Dios que acabe de normalizarse esa salud de Elena! La racha de calor parece, sin embargo, que va ya en descenso y una temperatura menos extremada influirá favorablemente en su estado. De todas formas, ¡cuántas pruebas de fortaleza de ánimo estás ejercitando! Tu vida es una admirable escuela de renunciaciones y abnegaciones.

No me extraña cuanto me dices de la carestía de vida por ahí. Hoy no sólo en las capitales, sino hasta en los pueblos, sin excepción, se ha desatado la avaricia, que ya cuesta todo tanto o más que en Madrid. Acaso menos en Madrid, pues aquí hay cosas que se adquieren mucho más económicas que en los pueblos. De cualquier forma, las perspectivas del próximo invierno son aterradoras.

En fin, Dios sobre todo. Recibe el saludo de mi familia y un abrazo de tu amigo,

Antonio Reyes Huertas.

Madrid, 29 agosto 1945.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Querido Manolo: Mil gracias por tu cariñosa carta del 24, en la que has volcado todo tu afecto y tu fina agudeza de percepción. Porque te

acreditas en ella de certero catador, y digo esto con conocimiento de causa, porque veo que aquello mismo en que yo íntimamente creí haber acertado lo acotas tú. Luego, por lo menos, has captado mi propósito. Me place mucho que te haya gustado «Agua de turbión», porque estos juicios de los amigos íntimos son los que más estimo y los que al fin y al cabo valen y compensan por todo.

A nuestra edad comprenderás que la vanidad ya es un elemento secundario y es el cariño tuyo, a través de tus juicios, lo que más me impresiona. Dichosos los que, como tú, llegan al ocaso de la vida con el corazón ingenuo y puro para la amistad, para el compañerismo, para eso que a nuestros años y para los de todos son grandes y nobles sentimientos, pero que cuando vamos haciéndonos viejos nos es más necesario. Haber vivido y vivir como tú abriendo el corazón a los compañeros de arte (el caso de Antonio Juez, rogándome tú que le hiciera un artículo elogioso), sin una envidia, sin un resquemor, sin una zancadilla, es ejecutoria de una nobleza y de una limpieza de espíritu singulares; te quiero más por eso, por tu bondad.

Yo espero impaciente tu libro. Cuando salga, envíame un ejemplar para «Estrella del Mar», donde haré que te hagan una notita, si no me dejan hacerla a mí, y otro dedicado al escritor D. José Sanz y Díaz para fines propagandísticos en otras publicaciones. Yo me despacharé a mi gusto en «Hoy» y «Extremadura». Todo lo merecen tu arte y tu corazón. En mi diario íntimo vas ocupando el realce de un espíritu «rara avis» por toda clase de valores: artísticos y morales.

Mis asuntos, parados. No hay aún película virgen para rodar. El papel sigue en crisis. Mis planes editoriales esperando y esperando. ¡Qué le vamos a hacer!

Pero la salud va en mejor. Muy repuesto y con mucho apetito. ¿Y Elena?

.....
Un abrazo de tu amigo,

Antonio Reyes Huertas.

Madrid, 28 diciembre 1945.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Querido Manolo: Recibí tu grata, en la que me dabas cuenta de que está en marcha la impresión de los «Medallones Extremeños». «Laus Deo».

Yo estoy, como quien dice, con el pie en el estribo, pues pasados Reyes marchó a dar una vuelta por Ortiga, donde mi presencia es necesaria. Y digo a dar una vuelta, porque este año no puedo hacer allí temporada. Dios no deja de enviarme pruebas aflictivas y ahora tengo la preocupación por la salud de una hija, que acusa síntomas inquietantes. Hasta ahora los augurios no son pesimistas, pero mi ansiedad y mi congoja no desaparecen y mi espíritu no ve más que horizontes sombríos.

Necesita esta hija querida plan, visitas frecuentes a la pantalla y continuas inyecciones. De nada de esto puedo estar proveído en el campo, por lo que mi permanencia en Madrid se hace necesaria. Estaré, pues, allí en Ortiga el tiempo preciso y desde allí te escribiré al llegar y al salir para que vayamos asistiendo a la marcha de tu libro. Conmigo no irá ahora más que parte de la familia y calculo que a los quince o veinte días podré estar de vuelta.

Ya supondrás cómo tendré el ánimo y cómo todas mis fuerzas, sostenidas a pulso, se resienten de tanto esfuerzo. Todo lo encomiendo a Dios y de él sólo espero el sostén y los consuelos.

.....
Os deseamos a Elena y a ti feliz año nuevo y que el Divino Niño os traiga todo género de bienandanzas. Yo estoy hoy bastante triste y termino enviándote un abrazo.

Antonio Reyes Huertas.

Me dicen en este momento que ha muerto nuestro poeta Chamizo. No he tenido aún tiempo de comprobar la noticia y sólo me dan una referencia de «haberla oído por la radio» la Nochebuena. Si es cierto, ¡qué gran poeta pierde Extremadura!

Ortíga (La Guarda), 18 enero 1946.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Querido Manolo: Recibí aquí tu carta, que me trajo muchos alientos y optimismos. Mi hija la tenemos aquí. La vió el médico antes de salir de Madrid y la ordenó un reposo completo de quince o veinte días en la temporada que hemos de estar aquí, pero sin prolongar la nueva visita a la pantalla más de treinta días. Ella está bien, pesa 63 kilos, come con apetito, carece de fiebre, posee buen humor y se lleva todo el día leyendo. Quien la viera no podría sospechar por su aspecto que estuviera enferma.

Todos los días aguardo tu libro. Quiero leerlo aquí con reposo y ordenar mis impresiones de lectura para hacer una cosa a mi gusto. Quemaré aquí los días que pueda, no muchos por lo que te digo de mi hija para que la vea el especialista de nuevo, según ha recomendado, y porque estando la mayor parte de la familia en Madrid, ni unos ni otros estamos a gusto. Ahora ando con el papeleo del aceite para ver cómo me puedo llevar a Madrid la reserva que conceden al productor. Allí el surtido de este preciado elemento es un problema angustioso, y más para nosotros, acostumbrados a gastar sin tasa y para los que las comidas son todas a base de fritos. No podemos poner allí cocido, porque no hay garbanzos, ni pueden pensar en guisos que no precisan aceite. La cosecha de aceituna ha sido malísima, unas cuarenta fanegas mal contadas, de las que obtienes unas 32 arrobas de aceite y de las que te interviene Abastos para pagártelas a 10 duros, cuando te cuesta producir un litro más de cinco pesetas.

Las siembras, en cambio, están hermosísimas. Prometen un año espléndido, y si se gozan tendremos una cosecha excepcional, pues no hay nada malo. Por contraposición, la ganadería es una calamidad. Tengo calentura de vacas, sin piensos y sin que el campo dé aún para sostenerlas. Por añadidura, nos invade una ola de frío que soterra y escalda las hierbas. En fin, que son más las preocupaciones que las satisfacciones que encuentro por ahora en estas tierras.

No te puedo enviar las señas de la viuda de Chamizo. Sé que vive esquina a mi calle con la del Escorial, pero no sé el número. Ya veo

que, fuera de los homenajes de recordatorio periodístico, el elemento oficial no se ha dado por enterado siquiera para hacer constar en acta su sentimiento. Es decir, si no hay nada en contrario desde que estoy aquí, pues no veo el «Hoy» desde que salí de Madrid. No sé quién dijo que Extremadura—la Extremadura oficial—era inferior a sus hombres.

Volviendo a los «Medallones», el número de 20 sonetos que yo asignaba a la colección para ponerlos como modelos, puedes multiplicarlos y añadirles algunas estampas líricas, que sigo reputando como más propias de tu cuerda. Tú ante todo y sobre todo eres un poeta íntimo y lírico y tu matiz eminente es la sensibilidad fina, la emoción subjetiva sobre el mundo interior. Ya te he dicho que a mí no me entra mucho el soneto. Le tengo cierta antipatía inveterada; no sé por qué nunca lo logré yo para mí o porque siempre me pareció frío y mármoleo como una laude sepulcral. Reconozco, sin embargo, que para ese género de «Medallones» no hay forma más adecuada y clásica que el soneto.

Y es verdaderamente admirable tu ejemplo. Cuando en el oficio todo son insidiejas, malas pasiones, tristezas por el valor ajeno, tú dedicas tu ingenio y tus recursos económicos a ensalzar a todos. Aparte esto, que es mérito singular de bondad de alma, creo que «Medallones» quedará como una magnífica galería de retratos extremeños, en que el valor del pintor sobrepuja en la mayoría de los casos al valor del retratado. Este será tu arte, pero no olvides que, como ocurre a los pintores de retratos, estos cuadros despiertan un interés limitado: el que aparte del dibujante despierte de por sí el personaje dibujado.

En fin, que espero tu libro para entretener estos ocios del campo, Luego cuando llegue a Madrid me ocuparé de quienes puedan airearlo un poquito.

Escribeme. Que siga mejorando Elena. Afectos de mi familia y tú recibe un abrazo de tu amigo,

Antonio Reyes Huertas.

Campo del Ortiga, 9 febrero 1946.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Querido Manolo: Al cabo de varios días de sufrimientos sin cuento, puedo tomar la pluma para darte cuenta de mis calamidades. Me puse a escribir el artículo para el «Hoy» sobre tu libro cuando sentí un mareo acompañado de escalofríos. Quise hacerme el fuerte, pero la fiebre que tenía pudo más que yo, puesto que el termómetro marcó 39 y hube de acostarme. En resumen, que ha renacido el paludismo de la temporada pasada. Afortunadamente, como se ha acudido a tiempo, se ha cortado y llevo ya tres días sin novedad, pero las fiebres que me han dado me han dejado hecho una pámpana, sin fuerza para nada y con la cabeza atontada efecto de la quinina.

Lo siento por ti y por mí, porque ha de demorarse para que pueda tomar la pluma y discurrir algo con claridad.

Nos vamos por lo mismo escapados a Madrid, renunciando a prolongar más días la temporada. De haber arreglado las cosas que son aquí inaplazables, ya hubiésemos salido de aquí, pues tengo pánico al paludismo y esta zona sigue infestada con la desnutrición general y el hambre que se padece.

Saldremos, pues, (D. m.) el día 12, o a más tardar el 14, para estar sin falta el 15 en Madrid. Aparte esta espantada «palúdica», me escriben de Madrid que abrevie el viaje cuanto pueda, pues me esperan unos señores que quieren tratar un guión cinematográfico sobre otra novela mía. No sé que resultará de esto.

En fin, haré lo primero los dos articulitos para los diarios extremeños y te iré dando cuenta de lo que se me ocurra.

Y no puedo más, porque se me va la cabeza.

Acabo. Un abrazo de tu amigo,

Antonio Reyes Huertas.

Madrid, 20 febrero 1946.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Querido Manolo: Mañana mismo sale mi artículo para el «Hoy», hablando de tus «Medallones», pues acabo de terminarlo y hago un descanso para su corrección, aprovechando este huelgo de terminar la tarea para escribirte.

Reposo al fin algo. He llevado dos o tres días de ajeteo con lo del cine, en que no he dado paz al teléfono y al telégrafo. Al fin ajustamos «Lo que la arena grabó». En poco, en 20.000 pesetas (no se lo digas a nadie), pero mis editores, en su afán de verla llevada al cine por lo que represente en la venta del libro, me hicieron el año pasado el mal tercio de pedir 15.000 pesetas y ya malograron en su base este negocio con Iquino, que es el único hasta la fecha que encontró pelificable esa novela. Además mis circunstancias, con tantos gastos como arrastra la enfermedad de mi hija: radiografías, tratamientos, etc., y lo que tengo que gastar en Ortiga, no me permitían resistir mucho. Ha ido, pues, la novela en holocausto de mis editores.

Tengo, en cambio, de Iquino la promesa formal de que llevará otras al cine y entonces me compensará y hará una gran película, que servirá para las demás. Ya me rogó encarecidamente que aceptara las veinte mil pesetas, porque estaba en un compromiso con su casa productora, que me parece es Emisora Films.

Como todo esto ha sido por telegramas y conferencias, no puedo decirte ni qué artistas la van a rodar, ni si ha de ser en Barcelona o en Madrid. Sólo sé que se comenzará inmediatamente y que quieren terminarla para dentro de dos meses.

Por lo que te digo comprenderás que aún no he tenido tiempo de ver a los de «Luces de cristal». Calculo que estarán esperando a ver qué sale del proyecto que está en las Cortes. De cualquier forma ya no tengo impaciencias, porque este refuerzo me da respiros. Por añadidura espero estos días a un señor americano, cuyo regreso me han anunciado de Tánger para ponernos al habla, pues desea una novela mía de tipo folklórico, «¿La sangre de la raza?, para llevarla igualmente al cine. Como ves, hay movimiento.

Ahora estoy pendiente sólo de mi hija. No la hemos llevado aún al especialista, porque queremos la vea también otro, el mejor que hay en Madrid, y éste no regresará hasta dentro de unos días. Confiamos, y Dios lo quiera, que la encuentre curada, ya que su aspecto y tónicas no pueden ser mejores: rolliza, saludable, con 66 kilos—ha puesto tres en el campo— y siempre cantando y riendo. Según lo que digan, veremos si nos marchamos al campo, volviendo a Ortiga, pues vengo con la nostalgia de los almendros en flor y la espléndida perspectiva de las cosechas. Tomaré preventivos contra el paludismo y me aseguran no volveré a tener nada.

.....
Ya me dirás qué te ha parecido mi artículo, que recomendaré al «Hoy» con toda efusión.

Mi familia te saluda y me dice te dé las gracias por los pastelitos y añadiduras, que saborearán a tu nombre el próximo domingo. Que siga bien Elena. Tú recibe un abrazo de tu amigo,

Antonio Reyes Huertas.

Madrid, 1 marzo 1946.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Querido Manolo: Como te indicaba ya en la mía anterior, envié el artículo al «Hoy» sobre tus «Medallones».....

En fin, querido Manolo, que por lo visto todo ha sido una falsa alarma y que podemos marchar tranquilos al campo, y en ese proyecto andamos para cuando yo me desocupe de trabajo atrasado que aquí tengo y dé fin a la adaptación cinematográfica de «Lo que la arena grabó» que me ha encargado Emisora Films, que es la que va a hacer la película. Firmamos ya el contrato y recibí las primeras pesetas. Creo que en lo sucesivo no perderemos el contacto y que lo más fácil, por lo que hemos hablado, es que año tras año vaya una novela al cine, las sucesivas en mejores condiciones, y todo ello constituirá un refuerzo. Por lo pronto, Dios me va dando las cosas a la medida y ésta es la petición del Padrenuestro, el pan nuestro de cada día,

Esto del guión, que ya he comenzado a hacer, me tiene enfrascado casi todo el día con el afán de terminar pronto y disponer enseguida las cosas para marcharnos a Ortiga. Calculo que estaremos aquí todo este mes de marzo.....

Me urgen tanto en Emisora Films que entregue cuanto antes el guión para su acoplamiento, etc., y empezar a rodar, que he tenido que dar a todo lo demás de lado.

Ya te iré dando noticias de todo.

Muchos afectos de todos. Saludos a Elena. Y para tí un abrazo de tu mejor amigo,

Antonio Reyes Huertas.

Madrid, 16 marzo 1946.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Querido Manolo: Por fin vi en el «Hoy» el tríptico en prosa que te dediqué con motivo de tus «Medallones». Casi a la vez he recibido el número de «Extremadura», de Cáceres, que insertaba el articulito que le envié.....

Yo llevo unos días movidos. De acá para allá, en esta huelga que me ha dejado la terminación del guión cinematográfico, queriendo ajustar lo que he de hacer en mi próxima temporada de Ortiga y echando fuera la colaboración que tenía atrasada.

Aún no he visto la película de «Luces de cristal». Los he citado para el domingo y hasta tanto no sabré si va adelante o su atasco es definitivo. Y aún estoy esperando al americano de Tánger. Me va escamando algo esto.

Me llaman al teléfono. Recuerdos. Un abrazo.

Antonio Reyes Huertas.

Campo del Ortiga, 18 mayo 1946.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Querido Manolo:.....

Yo puedo escribirte hoy en tono más optimista... Hoy precisamente me envían mis editores las pruebas de «Fuente serena» con la urgencia de que las devuelva enseguida y me hace interrumpir mi lectura. Además ¡albricias! Me dicen que tienen en la imprenta «Mirta» y que, como quieren presentarla como novedad en la próxima Fiesta del Libro que se celebra en los primeros días de junio en Barcelona, no me enviarán pruebas para ganar tiempo y corregirán ellos. Esto quiere decir que dentro de pocos días podremos leerla y que por fin se deciden a salir de su inactividad.....

Hoy solamente te espero y un abrazo,

Antonio Reyes Huertas.

Ortiga, 1.º junio 1946.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Querido Manolo: Recibí la tuya del 23 del pasado y no te he contestado antes mandándote a la vez el recibo para la Viuda de X, porque he estado enfrascado con la lectura del guión cinematográfico que de mi novela han hecho Iquino, otro señor, y que no es el definitivo, y por informes de una sobrina mía que se halla en Barcelona sé que ya lo están rodando.

Si llegas a ver la película no conocerás mi novela ni por el forro. Han prescindido en absoluto, no sólo de mi guión (que esto al fin y al cabo estaría justificado ante otro mejor, y yo mismo hubiera optado en su caso por él), sino de todo lo folklórico y sugestivo de la novela, haciendo un buñuelo de lo más descabellado e incongruente que darse puede. Veo que lo que han querido hacer es una película bara-

tita, corriente y moliente, de esas que más desacreditan que dan lustre al cine español y que en todo caso pasará sin pena ni gloria. Adiós mis ilusiones fundadas en la promesa de Iquino de que iba a hacer ¡una gran película! ¡A cualquier cosa llaman las patronas chocolate!

Por añadidura me han quitado el título de mi novela y han puesto el de «Borrasca de celos». Ni por el fondo, ni por la forma, ni por espectacularidad, ni por nada, creo que este engendro vulgar pueda añadir un lector más a los que ya tenga mi novela. Tan profundamente desilusionado estoy, que me es ya completamente indiferente su rodaje con cualquier clase de artistas y elementos.

He hecho consignar mi profunda divergencia con los guionistas en el modo de interpretar mi novela y sus personajes, a los que no conoce ni yo mismo, que soy el padre que los engendró. Y dejo a ellos toda la responsabilidad de su obra, eximiendo la mía de lo que no he hecho ni participado.

Todo esto me ha hecho pasar unos días de malos ratos, pensando en el triste destino en que ha acabado una novela en la que todos veían posibilidades para una cinta interesante. Aquí en el guión lo esencial son besos y besos, un adulterio de lo más inesperado, violento y estúpido que yo conozco, con crimen y todo, monólogos y monólogos para explicar un proceso sentimental, ¡tan desacreditado como está ya el monólogo en la comedia y en la pantalla! Una birria de naufragio, en que todo se reduce a unas guitarras que flotan y a una tabla que arrastra una ola de manga de riego, y un final en que toda la emotividad y solemnidad de una explosión de humor innegable queda limitada a la aparición de un niño que dice «mamá» y tropieza y va a caer. Así, con esto, baja el telón.

En fin, no quiero hablar más de la película, porque me pongo furioso. El tiempo dirá y no pasará sin mi protesta, si llega el caso, si alguien me inculpa a mí de haber inspirado tal churro.

Ahora sólo aguardo el envío de los primeros ejemplares de «Mirta» para dedicarte uno. Y acabada dentro de unos días la siega de la cebada, a la que asisto todo lo que puedo, porque estando delante lo hacen mejor, ponerme con ánimo más apacible a repasar tus versos, no sea que mi irritabilidad peliculera redunde para lo tuyo. Llevo acotadas varias impresiones de lectura, pero como me dices no te corre prisa y quiero penetrarte bien y a fondo, lo haré despacio. Algunas cosas de las que llevo leídas me han parecido primorosas. Voto

porque otras las suprimas de la colección. En fin, ya te diré detalladamente.....

Recibe el afecto de los míos y un abrazo de tu amigo,

Antonio Reyes Huertas.

Madrid, 6 agosto 1946.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Mi queridísimo amigo:

.....

.....

De «Mirta» te diré que tan pronto me informaste en tu anterior de que no había ejemplares en Badajoz (también me decían mis hijos que carecían de ellos en Cáceres) me fui al almacén que aquí tiene la Hymsa en la calle de Valverde. Efectivamente, no habían servido ejemplares a Extremadura, porque la primera expedición recibida la habían empezado a repartir en Madrid, con tanto éxito, que ante la demanda en la propia librería no se atrevían a desprenderse de ejemplares. Ayer fui de nuevo. Han agotado todas las existencias y esperan la remesa que está en camino destinada a Extremadura. Como ves, la novela ha tenido un éxito franco y rotundo sin propaganda, sin alharacas, con sólo la que le hacen los lectores. ¡Dios sea loado! En Madrid hoy sólo se encuentran ejemplares en contadas librerías. «Fuente serena» va también muy bien, aunque no como «Mirta», y ésta tira de otros títulos. En fin, que las noticias no pueden ser más optimistas. Yo me he quedado a la mitad del reparto de los ejemplares que debo enviar a periódicos y amigos, por no tener un sólo libro.

Ahora otra noticia: me han impelido imperativamente a hacer de «Mirta» pieza teatral (entre los más entusiastas Gazul) y ayer mismo puse manos en el empeño. Me aseguran para ella un éxito de público y de dinero, y yo mismo me he llegado a entusiasmar con la idea. Me allanan el camino para el estreno. Y esto, más la última revisión de tus versos, que terminaré dentro de unos días, me absorbe ahora

mi tiempo. Por cierto que, hablando ayer con un amigo de esa editora poética de Valladolid, me dijo que tuvieras cuidado y que te informaras bien antes de mandar tus versos, pues había oído rumores poco satisfactorios. Infórmate. Yo procuraré también hacerme de cuantas noticias pueda, aunque, como sabes, apenas salgo de casa.

En paquete certificado te envío «Fuente Serena». Como te digo antes, se vende muy bien, aunque hay que tener en cuenta que se trata ya de la tercera edición. Y va con otra de «La sangre de la raza» y de «Lo que la arena grabó»... Así da gusto, querido Manolo, y mi satisfacción principal es que se venden por sí solas, sin pontífices que las consagren. Buena falta me hace, no te creas, pues con tantos hijos y como está la vida, todos los recursos son pocos.

De cine sé, por los amigos que vienen a hacerme algún rato de tertulia, que terminó el rodaje de «Borrasca de celos», curioso título por el que me han sustituido el de «Lo que la arena grabó». Pienso armar acaso un escándalo en su estreno. De «Luces de cristal» aún sigo sin noticias. No he tenido aún tiempo de ver a Ibero y de esta película no tengo prisa. Ahora mi empeño más urgente es la adaptación teatral de «Mirta». Siento que no haya ejemplares en Extremadura; pero si se agotó la primera expedición, ¿qué vamos a hacer? Pongámonos en el caso del almacén que vende en su propia librería sin tener que dar comisiones. Lo malo aquí es que la Hyma tiene sus delegaciones con demarcación limitada y la de Sevilla, por ejemplo, no puede vender a Extremadura y Extremadura pertenece, para los efectos de distribución y venta, a Madrid.

En fin, ahí tienes unas cuantas noticias. Buenas, como ves, en su conjunto. Que haya demandas, que por ediciones no quedará.

Mi cosecha, dentro de su modestia, buena. Tengo pan y piensos para el año y en perspectiva mucha aceituna. Dios es bueno.

Saluda a Elena. Recibid afectos de los de mi casa y tú un abrazo de tu amigo,

Antonio Reyes Huertas.

Madrid, 25 de agosto 1946.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Querido Manolo: Recibi tu carta con las impresiones de lectura que transmitías de «Fuente serena» y no puedes imaginarte con qué íntimo deleite he ido saboreando tus juicios.

.....

Estos días he estado atareadísimo dando fin a la comedia vertida de «Mirta», que hoy sale camino de Llerena para que Gazul, que ha sido el principal inspirador de esta travesura, diga con su experiencia qué le parece y si es digna de que empiece a mover los peones que me prometió para su estreno. Ya comprenderás que soy un párvulo en cuestiones teatrales y estoy exento de cualquier presunción vanidosa de dramaturgo. Es la primera vez que intento una cosa de estas y tengo el temor del estudiante que se presenta a examen sin conocer a fondo la asignatura. El coro familiar, a quien yo leo siempre mis cosas, está entusiasmado, pero ya sabes tú que su cultura no puede alcanzar la suficiencia de un crítico experto y que además su opinión ha de estar tarada por el prejuicio sentimental y afectivo.

Es más, he hecho esto sin tener siquiera a la vista otra comedia para comprobar si los términos que yo uso marcando entradas y salidas de personajes corresponden al argot teatral. Con esto quiero decirte lo analfabeto que estoy para estas cosas. Además, desde que murió mi hijo apenas habré visto tres representaciones teatrales. Tanto Elisa como yo nos acordamos de lo mucho que a él le gustaba el teatro y ya con su recuerdo se nos quita la gana de ir al teatro. Lo mismo me pasa con el cine y con cierta música. Hay música que no puedo oír sin sentir dentro del alma un desgarrado dolor y en los ojos lágrimas. Tal me ocurre con la serenata de Schubert, la que él pidió le interpretase su profesor de piano dos días antes de morir, diciendo que iba a oír por última vez a su músico favorito, Schubert, que prefería a todos. Tenía predilección por los compositores rusos y por Falla, entre los españoles, y luego Wágner más que Beethoven.

En fin, variemos el tema, porque siento que me invade la congoja y tengo que hacer esfuerzos para sobreponerme al corazón y pensar

que ya son inútiles estos dolores. Terminé, pues, la comedia en dos o tres jornadas y estos días me he dedicado a repararla en los descansos de una tarea abrumadora que se me ha venido encima con varias peticiones de original urgente. Yo puedo decir como el consabido: «Mis arrestos son las armas—mi descanso es pelear.» Porque esos descansos son para mí escribir las cartas y escribir y escribir. Hasta el punto de que desde que me quedé sin máquina tengo que utilizar sólo la pluma y me sale un callo en el pulgar, que a veces me molesta lo indecible. La tarea de estos días me lo ha reproducido. ¡Y luego dicen que sólo el pico y el azadón producen callosidades! Que vengan a ver mi diestra y verán las huellas que ha dejado el portaplumas y cómo se me hincha a veces la mano y se relaja la muñeca de escribir miles y miles de letras. Y es que la pluma es mi remo de galeote, querido Manolo. Por añadidura me espera ahora otra tarea: una novelita que he de hacer enseñada para el extraordinario de «Letras» en diciembre, pero que lo necesitan con urgencia para ir componiendo el número, ya que preparan siempre los extraordinarios con varios meses de antelación. Y que no falte la ingrata tarea que hace menos ingrata la ingratitud de la vida cara e inaccesible.

«Mirta» sigue con éxito, de crítica y de lectores. Espero que se ocupen aquí de ella varias publicaciones. Hasta ahora se sigue vendiendo como pan bendito. En Madrid apenas quedan ejemplares de la segunda remesa. No hay en depósito y son sólo cuatro o cinco librerías las que se han surtido. No sé por ahí y en Cáceres si han recibido más ejemplares. Ignoro qué tirada habrán hecho mis editores, pues son tan especiales que hasta que veo las liquidaciones no me entero al detalle. Ni me dan impresiones y las que tenga he de proporcionármelas yo mismo. Catalanes en todo.

De «cine», por todo cuanto te digo comprenderás que no he podido aún ver a los de «Luces de cristal» y no sé cómo andaré esa película. De «Borrasca de celos»—en lo que ha quedado transformada mi novela «Lo que la arena grabó»—sé—y no por Iquino, que no me dice nada desde mi carta-protesta por el guión—, que acabó de rodarse y se estrenará en esta próxima temporada. He leído una información en un recorte, no me dicen de qué periódico, con alguna fotografía, que la protagonista es una artista nueva, Mercedes Monterrey—el apellido me la hace simpática—, y el galán Adriano Rimoldi. Iquino en esa información se promete mucho, pero para mí, si no ha variado

el guión, será una fanfarria, pues nadie puede dar más de lo que tiene, y del guión que yo he leído no pueden salir, a mi juicio, grandes cosas. A lo mejor me equivoco y soy yo el desacertado. Veremos lo que ha hecho.

Y ahí tienes, querido Manolo, cuanto puedo comunicarte en este domingo.

.....

 ¿Publicó Segura sus impresiones, según me decías? Recibo el «Hoy» con tanta irregularidad, que es rara la semana que no me faltan un par de números. A propósito de Segura, si tú mismo no puedes evacuarne esta consulta. Necesito saber con exactitud si la frase que se escribe en el monumento de Eça de Queiroz en Lisboa es esta: «Sobre la verdad desnuda el velo mágico de la fantasía.» Tú o él debéis saberlo, y si no es como yo la consigno, me la transcribes literalmente. Otro encargo: proporcióname un número de «Gadiana», el que publicó un cuento mío titulado «El veredicto». Me hace mucha falta. No lo olvides.

Que siga mejorando Elena. Aquí todos bien. Un abrazo.

Antonio Reyes Huertas.

Ortíga (La Guarda), 1.º agosto 1947.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Querido Manolo: Hoy estoy terminando la novelita «El triunfo del doctor Valdés» que tenía comprometida para entregar a «Letras» el 5 de este mes. Me queda el último capítulo y darle un repaso. Imagínate qué ocho días llevo. Después me aguardan unas poesías del padre Corredor, que quiere les ponga yo prólogo, y unas estampas de viaje de «Mahizflor» para que le dé mi opinión sobre ellas. Con esto y con la colaboración periodística que hay que cotizar a fin de mes, ya comprenderás cómo habrán quedado tus «Medallones».

.....
 Un abrazo de tu amigo,

Antonio Reyes Huertas.

Ortiga, 28 octubre 1947.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Querido Manolo: No salgo de una cuando estoy en otra. Ahora he de entregar «Viento en las campanas», título por el que he cambiado el de «Torre de los vientos», antes del 20 del mes próximo. No es que me obliguen, sino que me obligo yo por los imponderables de las circunstancias. Tengo una calentura de trigo y de piensos, a punto de llevarme al delirio, y con personas y animales todo es poco para estos dos problemas del trigo de estraperlo y la cebada de ídem.

Habrás visto por eso que menudeo los artículos en el «Hoy», con vistas al fin de mes, hijo, pensando en los estraperlistas. Mi tarea escrituraria ya supondrás que es atroz.

.....

 Un fuerte abrazo de tu amigo,

Antonio Reyes Huertas.

 Ortiga, 29 enero 1948.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Mi querido Manolo:

.....
 Tu soneto a López Prudencio lo conocía ya por «Norma». Me gustó por ti y por él. Por tí, porque demuestras una vez más esa cualidad privativa de los hombres buenos: la gratitud; y por él, porque me da pena cómo lo van arrinconando y olvidando, sin tener en cuenta que se le debe en el extremeñismo una primacía de iniciador de una exaltación regional y la exhumación de muchos valores. Yo quiero sinceramente a López Prudencio y creo que vale más que todo el corro que le muerde.

De libros, suma y sigue. Paralización. Las novelitas cortas llenan estas pausas. «Mirta» no se encuentra en Madrid, ni en muchos sitios. No sé si se habrá agotado.

Cuando acabe «Letras» de publicar «El triunfo del doctor Valdés», te la enviaré para que la leas. Las cincuenta cuartillas me han valido 1.200 pesetas, 200 más que «Una muchacha de pueblo». Se conoce que les ha gustado. En cambio, por una novela igual, más honda y bonita, a mi juicio, que la de «Letras», me da «Lecturas» de Barcelona 500 por el dichoso contrato. Y estas chapuzas y las colaboraciones van llenando este paréntesis de los libros, aguardando impacientemente se reanude la actividad editorial. Ya te dije que tienen en Barcelona tres novelas inéditas, además de las viejas para reimpresión y de «Lo que la arena grabó», que estaba agotándose, con la quinta de «Sangre de la raza». Habrá que editar de nuevo «Mirta». Ya ves si me fastidia esta crisis editorial.

.....

 Con los afectos de mi familia recibe un abrazo de tu amigo,

Antonio Reyes Huertas.

Ortiga, 26 febrero 1948.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Mi querido amigo: Llevo unos días casi aislado por las riadas: se me junta un arroyo que limita la finca con el Ortiga y éste se pone hecho un brazo de mar. Por lo demás, el campo está espléndido; todo promete un gran año, y con esta esperanza esperamos ya el sol bienhechor que nos saque de barro y lodo.

Lo que me contabas en tu carta sobre la conferencia de Juez y sus derivaciones insospechadas es curioso. Juez es para mí uno de los artistas más exquisitos de nuestra generación. Vi luego su nombramiento de director de Parques y jardines. Me alegraré tenga éxito. Yo siento también por Badajoz una simpatía llena de nostalgia. No en balde se viven los mejores años de nuestra vida en una ciudad

Y aquellos años de mi juventud y casi de mi adolescencia son inolvidables.

No renuncio a la idea de pasar ahí contigo en Badajoz un día, si, como me han prometido, me llevan con vuelta.

Aprovecho un claro que puedan cruzar el arroyo. Un abrazo de tu amigo.

Antonio Reyes Huertas.

Ortíga, 28 julio 1948.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Querido Manolo:

Por cierto que me he regocijado íntimamente con el triunfo de Covarsí. Ya era hora de que reconociesen sus méritos. Covarsí tiene además una doble cualidad estimable: la de su independencia artística y la de su extremeñismo. Yo pensé escribirte largo, participándote mi satisfacción, pero el reuma del brazo derecho impidió hacer la carta y hube de contentarme con un telegrama. Si le ves, felicítale en mi nombre y dile que me alegro de corazón.

Afectos de mi familia y un abrazo de tu amigo,

Antonio Reyes Huertas.

Ortíga, 19 noviembre 1948.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Mi querido amigo:

Ya voy mejor, pero, a medida que va avanzando la vejez, voy no

tando cómo me abandonan las facultades. Hay días en que me siento agotado e inútil y nada de lo que escribo me sirve. Además, nunca me faltan quebrantos. Son las preocupaciones de este hijo o del otro, como si mi sino fuera estar esclavizado a las enfermedades.

.....

.....

Para médicos y viajes no gano. Pero en fin, hágase la voluntad de Dios y recibamos con resignación las contrariedades que Él nos envía como pruebas.

.....

Recibe un abrazo de tu amigo,

Antonio Reyes Huertas.

Madrid, 5 mayo 1950.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Querido Manolo:.....

.....

.....

Mis asuntos se resolvieron a medias. No pude rescatar de Atlas mi biografía de Valdivia, porque la tienen ya compuesta para editarla y muy ilusionados con ella. Lo he sentido, porque me daban en «Cultura Hispánica» una crecida cantidad por ella. Llevo, en cambio, varias colaboraciones que me las pagan bastante bien. Lo de las «Estampas campesinas» está en trámites con mis editores. Y de cine estoy pendiente de una entrevista con Ibero para ver qué hay de «Luces de cristal». El «Vocabulario extremeño», para empezar.

.....

.....

Recibe afectos de mi familia y un abrazo de tu amigo,

Antonio Reyes Huertas.

La Guarda, 5 de octubre 1951.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Mi querido amigo:

Yo, de no estar la mayor parte del día en cama, te diría que esta época era la más propicia para que te vinieras a pasar conmigo unos días, pero en mis circunstancias tu venida ahora sería para acompañar un tullido.

Ya veo lo que me dices respecto a mi homenaje. Mucho agradezco tu actividad espontánea.

Hace ya días que no leo en el «Hoy» nada referente al homenaje, ni me escribe Calderón. La primera noticia sobre el pergamino que está haciendo Juez es la que tú me das. Sé que se reunieron las Comisiones de Badajoz y Cáceres en Mérida, y según mi hija Mari, que habló con Milán, perfilaron todo muy bien.

A Calderón y a Pinilla, lo mismo que a ti, les estoy muy agradecido.

Un abrazo de tu amigo,

Antonio Reyes Huertas.

La Guarda, 6 agosto 1951.

Sr. D. Manuel Monterrey.

Badajoz.

Mi querido amigo: Te escribo valiéndome de mi hija María, que está ahora aquí unos días conmigo, porque yo físicamente no puedo hacerlo, ya que he tenido una recaída y llevo una temporada con fuertes dolores al estómago y paso la mayor parte del día en cama.

La muerte de Covarsí me ha afectado mucho. Yo le tenía en gran

estima, no sólo como artista, sino también como amigo. Ayer vi también en el «Hoy» la esquila de defunción de D. Fernando Castón. Nos vamos quedando muy solos.

.....

.....

Ya veo que se ha hecho pública ahí una iniciativa de homenaje. El periódico «Extremadura», de Cáceres, también se hace eco de ello, pero tú ya sabes que yo no gusto mucho de estas cosas y que por mi enfermedad pienso más en la otra vida que en esta.

Recibe los afectos de toda mi familia y un fuerte abrazo de tu amigo,

Antonio Reyes Huertas.

ENRIQUE SEGURA